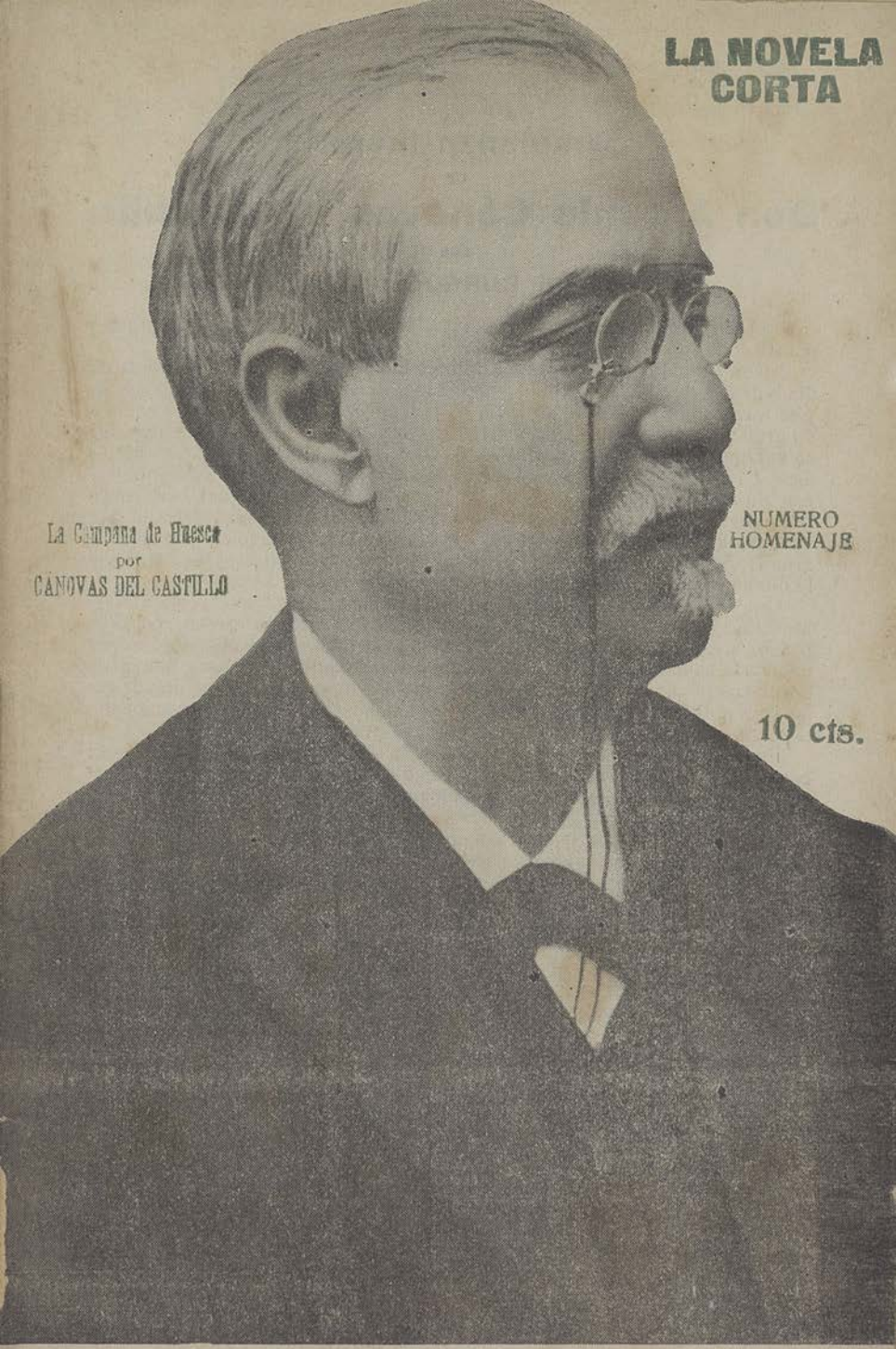
LA NOVELA CORTA



La Campana de Huesca
por
CÁNOVAS DEL CASTILLO

NUMERO HOMENAJE

10 cts.

Año IV
N.º 154

NÚMERO HOMENAJE A LOS NOVELISTAS ESPAÑOLES DEL SIGLO XIX

Madrid 20
Sept. 1919

Semblanza literaria

DE

Don Antonio Cánovas del Castillo

POR

CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

La figura de literato de Cánovas fué obscurecida por la gran figura del político.

Nació Antonio Cánovas del Castillo en la hermosa ciudad de Málaga el día 8 de Febrero de 1828. Nada podía, en sus comienzos, hacer suponer la alta fortuna que había de conquistar. Hijo de padres pobres, éstos, haciendo un gran sacrificio, lo pusieron a estudiar Ciencias exactas, pero bien pronto se vió que su afición eran las letras. A los diez y ocho años fundó un periódico, *La Joven Málaga*, que sólo logró la indiferencia de parte de sus paisanos. Su fracaso y la muerte de su padre, acaecida en este tiempo, lo decidieron a venir a Madrid con ese bagaje de ilusiones propio de la juventud que se lanza a la lucha. Llegó Cánovas a Madrid en 1845, cuando su pariente, el gran D. Serafín Estébanez Calderón (*el Solitario*), era ministro de Estado, y le dió un modesto destino en los ferrocarriles de Madrid-Aranjuez.

Con los escasos ahorros de su sueldo y lo poco que ganaba como redactor de *La Patria* o en colaboraciones de *El Semanario Pintoresco*, *La Ilustración* y *Las Novedades*, se costeó Cánovas su carrera de Abogado. En 1851 publicó la bella novela histórica *La campana de Huesca*, que tuvo una gran aceptación y que prologó *El Solitario*, reputándola con *El Doncel*, una de las mejores novelas históricas escritas en castellano con espíritu genuinamente español.

Por este tiempo empezó Cánovas también *La Historia de la decadencia española*, que abraza desde Felipe III hasta la muerte de Carlos II, y que luego continuó en colaboración con Maldonado.

A la vez que su actividad literaria se desarrolla su actividad política, en la que domina su extraordinario talento; los grandes cargos se acumulan, se suceden y Cánovas se vuelve conservador, teniendo que sufrir el destierro en tiempo de Isabel II. Es luego él uno de los que ayudan a traer a D. Alfonso XII y se hace la principal figura de la Restauración. No se ha de tratar aquí de la vida política de Cánovas, tanta veces presidente del Consejo de Ministros, ni juzgar su actuación, demasiado rigurosa.

Lo que hay que hacer notar es que jamás abandonó la literatura entre las diferentes vicisitudes. El austero político escribió un tomo de *Poesías*, y la hermosa obra *El Solitario y su tiempo*, y dejó, entre otras, los *Estudios literarios* y *Los problemas contemporáneos*. Ya es conocida la magnífica biblioteca que poseía, cuyos volúmenes había leído y podía citar con asombrosa memoria.

Ningún relato más emocionante de la muerte del gran tribuno que el que escribió el maravilloso escritor portugués Eça de Queiroz, que se hallaba a la sazón en el sombrío balneario de Santa Agueda y contempló varias veces el encuentro de Cánovas con Angiolillo y los saludos corteses cambiados entre la *mano poderosa* y la *mano que acechaba*. Cánovas del Castillo estaba llamado a la celebridad por la fuerza de su talento, y lo hubiera sido aún más si, como decíamos antes, la política no hubiese perjudicado a sus dotes de gran literato y artista.

LA CAMPANA DE HUESCA

NOVELA

POR

A. Cánovas del Castillo

A orillas de la Isuela hallé esta crónica: en una de aquellas huertas de suelo verde, y pobladas de árboles frutales, cuyas bardas y setos se sustentan en las piedras robadas a los muros de Huesca.

Y en verdad que es triste crónica para hallada en lugar tan apacible. Mas si de él quitamos los ojos y los ponemos en la ciudad, harto se ve que allí debieron vivir doña Inés y don Ramiro: el *Rey monje*, y la Reina ni esposa, ni viuda, ni doncella.

Aún quedan en pie algunas de sus noventa y nueve torres, obscuras unas y fatídicas, risueñas otras y esbeltas, con el disfraz de miradores o azoteas cuidadosamente blanqueadas, a lo largo del Coso. La puerta *Desircata* está allí arrimada a un gótico convento de monjas. Allí está también el torreón ochavado, cuya ancha bóveda sostuvo ha siete siglos la famosa campana de Huesca. Menos alto está que entonces, pero no menos firme y obscuro. Las bizantinas columnas de San Pedro, viejas ya en el siglo XI, dan sombra aún al peregrino y piadoso recogimiento al penitente. Y amenazan el llano todavía las lejanas torres de Mont-Aragón, no menores en fortaleza que las vecinas montañas, donde fué el *Salto de Roldán*. Ciudad lóbrega y triste para quien sólo busque el placer de los ojos: agradable para los que prefieren la meditación y el silencio; para los que gustan de ver las tumbas de los héroes y de visitar los lugares donde acontecieron las altas hazañas; para los que se apacientan en la memoria y sienten el amor de lo antiguo.

***

Así como acabó la coronación y jura, el Rey y su comitiva, dejando el tablado y el altar, se encaminaron a la puerta principal del templo.

En el atrio de la catedral, plantado de álamos blancos muy altos, montaron a caballo el Rey y sus caballeros, y luego tomaron todos juntos el camino del Alcázar.

Iban primero diversos bailes y danzas de los oficios de la ciudad.

Detrás fueron pasando los bordonadores, y tablajeros, y justadores que habían de tomar parte en las fiestas de por la tarde, montados en soberbios caballos, con paramentos de oro y sedería.

A éstos seguía el pendón real.

Luego venía un gran castillo de madera con cinco cirios ardiendo, el uno, mayor que todos, en medio, y los otros cuatro en las esquinas.

Seguíanse doce gentiles-hombres a pie, con sendos blandones de cera encendidos, en los cuales se miraban pintadas las armas reales.

Y por fin, llegó el propio D. Ramiro, vestido con la dalmática de seda y oro y el chapelete real, montado en un fogosísimo caballo blanco, que bien podía ser por la estampa de Córdoba, con paramentos de oro y escarlata.

Cerraban la comitiva muchedumbre de barones y nobles, caballeros y escuderos, los síndicos y jurados de las ciudades, y otra más gente principal e hidalga, acompañando a los Arzobispos, Obispos y abades del reino.

Aznar el almogábar comenzó a hablar con su compañero Fortuñón, el cual conocía como buen viejo a todos los señores de la corte.

—¿Quién es aquel viejo que va junto al que lleva la espada del Rey?

—Aquél es—respondió Fortuñón—el buen Ferriz de Lizana. ¡Qué decaído está! ¡Oh, si tú le hubieras conocido en sus buenos tiempos.

—¿Y cómo llaman a aquel otro infanzón que con tan poca reverencia viene al lado del Rey hablando y riendo con los que le acompañan? Tiene el rostro mofador e insolente.

—¿No le conoces, Aznar?—respondió Fortuñón—. Pues no le hay más conocido en todo Aragón. Tú mismo le acabas de ver y oir en la catedral; que él fué quien tomó juramento al Rey en nombre de los ricos-hombres. Ese no es otro que Roldán, ricamente heredado en la sierra de Guara, hijo de un noble y gentil caballero, que murió peleando valientemente al lado del buen Rey D. Ramiro, en la jornada de Graus: descendiente de aquel otro Roldán tan famoso, de quien hay cantares en la montaña.

—En buen hora lo sea, que también parece soberbio y mal vasallo.

—No quieras mal a los nobles, Aznar, que ellos son la flor y amparo del reino, y los amigos del Rey.

—¿Ellos dices? ¡Voto va! No hay otros amigos para el Rey de Aragón sino sus fieles almogábares. Los ricos-hombres no pelean sino por ganar oro y estados y vivir en soberbios castillos y alimentarse con buen venado y jabalí, mientras que nosotros damos de balde nuestra sangre y dormimos a la intemperie, sobre las peñas, en la frontera de moros; y no tenemos qué comer sino alguna pieza escapada de sus nuevos cotos, y las insípidas yerbas que arrancamos de debajo de la escarcha o la nieve.

Iba a proseguir Aznar en sus amenazas e improperios contra los ricos-hombres, cuando se sintió una gritería inmensa y gran movimiento en la muchedumbre.

—¡Que se mata, que se mata!—gritaban unos con dolorido acento.

—¡El Cogulla, el Cogulla!—decían otros con risa.

Aznar y Fortuñón vieron que un soberbio caballo blanco corría desbocado hacia el muro, que por aquel lado caía encima del cauce de la Isuela, angosto y profundo siempre, crecidísimo ahora con las primeras lluvias del invierno.

A cada instante crecía, con el ardor de la carrera, la furia del caballo, y ora se leventaba sobre las manos, ora se ponía sobre los pies; ya se paraba temeroso, ya recobrado seguía de nuevo adelante. Y el Rey, tendido en tanto sobre la silla, pegado al cuello del caballo, pedía angustiosamente socorro, aunque no parecía que pudiera venirle sino del cielo.

—Fortuñón—dijo en esto Aznar—, ¿no ves qué cobardes o qué torpes son todos estos ricos-hombres?

Y descolgando rápidamente de su cintura uno de los dardos de punta cuadrangular que traía, lo disparó contra el animal con tal acierto y fuerza tan poderosa, que, atravesado el vientre de parte a parte, cayó en el suelo, al borde mismo del muro, derramando a borbotones la sangre.

Al ver a D. Ramiro tendido cuan largo era sobre el agonizante caballo y abrazado aún a su cuello, el temor y la sorpresa de muchos, y el escarnio de los demás, se reunieron en uno, estallando a la par en carcajadas e insultos. Los propios cortesanos, al ayudarle a levantar, dejaban escapar de sus labios la risa, y aún tal cual de ellos se atrevió a dirigir al asandereado Monarca preguntas burlonas, o irónicas excusas de su desdicha.

—¡Que este hombre nos traigan por Rey!—dijo en esto el buen caballero García de Vidaura a Roldán.

Y a la par que así discurrían los ricos-hombres, no faltaban pecheros y villanos que aquí, allí y acullí exclamasen en coro:

—¡Es un cogulla! ¡Es un carnicol!

Ya el Rey estaba de pie y rodeado de todos sus ricos hombres; mas no corto rato estuvo sin decir palabra, persignándose y rezando para sí sus oraciones.

—¿A quién debo la vida?—preguntó al cabo.

—El dardo es de un almogábar—contestó uno de los presentes—. Conócese-

le a la legua por lo rudamente labrado que está: un tronco y un hierro afilado.

Don Ramiro mandó que los trajesen a su presencia. Y los almogábares se acercaron a paso lento, bajos los ojos Fortuñón, Aznar sereno y frío.

—Almogábares—dijo el Rey—, ¿cuál de vosotros dos me ha salvado la vida? ¿Tan poco estimáis mi gratitud que no la reclamáis, mereciéndola?

—Ha sido mi camarada, señor—dijo Fortuñón.

—¿Y cómo te llamas?—repuso el Rey, dirigiéndose al joven almogábar.

—Se llama Aznar Garcés—volvió a decir Fortuñón—y es hijo de García Aznar, que fué gran servidor del padre y hermanos de Vuestra Alteza, el cual se halló entre los que trajeron a cuestas los peñascos para labrar esa fortaleza de Mont-Aragón, y entre los que ganaron esta gran ciudad de Huesca.

—Yo, señor, que no he hecho por vos sino lo que hiciera por cualquier otro jinete puesto en peligro tamaño.

***

—¡Cómo!—replicó el Rey sorprendido—. ¡Menosprecias con efecto mi gratitud! ¿No quieres que tenga en nada el servicio que me has hecho?

—No quiero—repuso el almogábar—sino que en adelante me ponga Vuestra Alteza en mayores ocasiones.

—Mira, Aznar, acude al Alcázar cuando bien te plazca: di tu nombre, y no te faltarán santas reliquias, sueldos y aún armas, si las quieres; porque en verdad te digo que has hecho por mí lo que yo no esperaba de nadie.

—Con perdón vuestro, señor—dijo el almogábar—iré cuando pueda serviros, no antes, que no gusto de pecar en importuno.

Y haciendo una reverencia, se apartó con su camarada largo trecho.

—Siempre pecarás en ello, miserable—murmuró Lizana—. No parece sino que este menguado Rey gusta de conversaciones con los villanos. He mandado ahorcar más de ciento como ese, y juro a Dios que...

No pudo acabar. El Rey, seguido de toda su corte, entró luego en el Alcázar que allí frontero levantaba sus macizos torreones redondos y ochavados, con altas almenas y matacanes, que a veces escondían entre sus peñascos verdinegros los lindos ajimeces y las caladas claraboyas de los moros.

***

En una de las torres del Alcázar había un salón como partido en dos mitades por un amplio cortinaje de seda suspendido del techo y recogido de ordinario de entrambos lados. Dos grandes ventanas, a la sazón cerradas, se abrían en los extremos del salón, que iluminaban sólo entonces tres grandes lámparas de plata. Allí se hallaban en la noche del día que se acababa de historiar, departiendo dos mujeres, de muy diferente calidad, según mostraba el que la una, de pie, servía a la otra sobre un cojín oriental asentada.

—Asegurote, Castana—decía la de más calidad—, que aún no he vuelto del grande asombro y pena que me causó el suceso del Rey.

—Loado sea Dios, señora mía, que sano y salvo le sacó de tal peligro—respondió la otra, al tiempo que le clavaba en el cabello, para sujetárselo, uno de varios alfileres de oro con piedras rojas que tenía en la mano:

—¿Hallástete presente, Castana?

—Hallábame a la sazón en la torre del Oriente, y desde allí alcancé a ver muy bien lo que acontecía.

—Dicen que fué un buen caballero quien salió al paso al caballo.

—Pues os engañaron, señora—replicó con notable calor Castana—; no fué sino un rústico, uno de esos que nombran almogábares.

—Gente fiera es, Castana; mas dígote por mi ánima, que cuanto horror hube de ellos hasta ahora, he de convertirlo en amor para en adelante.

—¡Si a éste hubiérais visto, señora! Mozo es que no ha de contar, por mi cuenta, los veinticinco años; alto, membrudo y ágil a maravilla, ojizarzo, pelinegro, trigueño en la color, mas en labios y en mejillas matizada con purísimos carmines.

—Muy bien le miraste, Castana; que harías señas das para visto de paso.

Castana se sonrojó al oír estas palabras, y por breve rato guardó silencio; cosa fácil entonces que atendía a ajustar al cabello de su señora un aro de oro con primorosas labores bizantinas y algunas piedras incrustadas de diversos colores. Corona de Reina sin duda, probablemente conservada desde el tiempo de los godos en la montaña.

—¿Pondréisos ahora el collar de piedras blancas y azules bendecido por el Padre Santo, que os dió en arras mi señor el Rey el día de las bodas? Grande es el broche y todo de oro. ¿Es cierto, señora, que hay dentro de él madera de aquella en que enclavaron a Nuestro Señor Jesucristo?

—Sin duda alguna, Castana; y perlas y zafiros finos son las piedras; mas traéle pronto sin más discursos, que el tiempo pasa y es hora de acudir al sarao.

—Aquí está, señora. Tomad también este luengo manto de hilos de seda y oro con figuras de pájaros y flores, que dicen que es de tierra de moros. ¿Llevaréis allá hoy también la manteleta de armiños?

—Qué pregunta, Castana; quizás a presentarme en el sarao sin ellos no me conocerían por quien soy—respondió sonriéndose la Reina.

Lleno estaba en tanto el anchuroso salón del sarao de cuantas damas de alta alcurnia y grandes caballeros había en Aragón y en los vecinos condados de Francia.

Entre tantos corazones como allí gozaban, había uno que en silencio gemía; uno, el que por más feliz contaban todos sin duda, el de la Reina D.ª Inés.

Y ¿qué tiene de extraño que tal se hallase la Reina? Era mujer y sensible, y estaba recién casada, y amaba mucho a su esposo. Y no le vió al entrar en el sarao, y pasaban horas y horas, y no venía, y por más que le buscaban por el Alcázar y por todo Huesca, nadie daba razón de su persona con ser tan conocida de todos. Y los fieles servidores, aquí y allá enviados, iban volviendo, uno por uno, y diciendo a la par a su señora:

—¡No está! ¡No está el Rey! ¡No se sabe qué ha sido de él!

Largas horas transcurrieron sin que la corte notase aquel extraño caso; los unos explicaban tal ausencia por lo extravagante del carácter de D. Ramiro; los otros ni siquiera reparaban en ella, que tan poca cuenta tenían con su persona. Y aun por eso la falta del Rey no disminuyó en lo más pequeño el general regocijo.

Pero unas tras otras las horas de aquella noche alegre fueron pasando. Comenzaron a apagarse las luminarias, quedaron desiertas las calles, y dentro del Alcázar la concurrencia fué disminuyendo insensiblemente, y callando la música, y muriendo las danzas.

Importunado de todos, unos porque la preguntaban y otros porque no, trémula y casi llorosa, retiróse del salón D.ª Inés, marchitas ya sus galas, demudado el dulce color de sus mejillas.

***

La Reina, acompañada en tanto de damas y servidumbre, se retiró a sus aposentos. No tardó en despedir a todos, deseando hallarse a solas con su fiel doncella Castana, a fin de compartir con ella sus temores y sus lágrimas; que tanto era el amor de aquella muchacha humilde a su poderosa señora. Pero aunque doña Inés la llamó dos, tres veces, Castana no dió de sí alguna muestra; parecía cosa de encantamento.

No sabiendo apenas qué hacía, echóse a andar por un corredor angosto y obscuro, cuyo extremo daba entrada a cierta torrecilla, donde solía habitar Castana.

La Reina se detuvo primero asustada. Luego, oyendo la voz de Castana, se tranquilizó un poco, pero puso atención a lo que hablaban.

—¿No te irás, Aznar? No puedo más estar aquí sin que la Reina note mi ausencia; y en verdad que si supiera lo que he hecho contigo, quitaría de mí su cariño y yo me moriría de dolor.

—Castana—respondió su interlocutor—, cabalmente lo que has hecho es lo

que más ya me enamora de ti. Yo no podría querer a esas remilgadas doncellas que luchan de mentirillas para rendirse de verdad cada día. Por eso no he querido a ninguna mujer hasta ahora. A mí me place la franqueza, y que quien quiera a uno se lo diga lo mismo que quien a uno le aborrece. Así soy yo, Castana, así me crió mi padre en la montaña.

—Y así te imaginaba yo, Aznar, y por eso te he tomado amor tan súbito y tan grande.

—El que yo te tengo ya es tal, que por nada lo cambiaría en este mundo si no es por el cumplimiento de la venganza que tengo jurada a los matadores de mi hermano.

—¿De verdad me quieres, Aznar?

—No sabía de ti, ni había visto tus negros ojuelos, y los hoyos alegrísimos de tu cara; y sin embargo, al oir al pajecillo ruin que me enviaste, me dió en el corazón que algo bueno iba a sucederme.

—De todas suertes, he hecho por ti una cosa que no debía, Aznar. Por acá soléis ser vosotros los que habláis primero de amor.

—Vive Dios, ¿qué importa, Castana? Quien llega primero a tiro de dardo del moro, ese comienza la pelea; el que espera a que el enemigo lo ataque, bellaco es y cobarde a luz y a sombras: yo no sé más que esto, que es lo único de que hablamos en la montaña. Por los huesos de mi padre, que en cuanto encuentre al matador de mi hermano y le mate yo en justa venganza, he de casarme contigo.

—Me asustan tus propósitos, Aznar... Pero vete, vete ahora, que tu dilación puede traerme alguna pena.

—No ha de ser, hermosa Castana, sin que sellemos este amor con un beso de tus labios.

—No, no, Aznar. No puedo darte gusto sin cometer un pecado, y más quisiera morir que cometerlo a sabiendas.

—Dame el beso o reñimos—exclamó con poco amable acento el impetuoso almogábar, que por tal le habrán ya conocido nuestros lectores—. Dámelo, o no volverás a verme en tu vida.

A estas palabras, los ojos de Castana debieron de inundarse en lágrimas, porque Aznar añadió al punto:

—¡Qué diablos! ¿Ya lloras? No eres tú para los de mi laya y linaje, Castana. Mi madre no lloró en cuarenta años que estuvo casada con mi padre; y eso que el viejo la traía de acá para allá como cabra montés, y no la respetaba más en su cólera que a cualquier moro o judío.

—Lloro—respondió Castana—porque quieres un imposible, y has de reñir conmigo si no lo hago. Si ahora te besara, Aznar, ¿cómo entraría mañana en la misa de San Pedro a pedirle a Dios por mi salud y la tuya? Dios no me oiría. Ni ¿cómo podría confesar este sábado que viene con Mosén Blas, que pone tan mala cara al menor de mis pecados, llevando sobre mí uno tan grande? Y luego—añadió llorando—, que vendrán a verme las doncellas de mi edad y me dará mucha envidia de ellas, porque yo era de las más buenas de todas, y ahora serán todas ellas más buenas que yo.

—¡Qué es esto!—murmuró Aznar, de modo que bien pudo oirse—las cosas de esta muchacha me enternecen. No lo habría sospechado... Vaya, Castana, queda con Dios y no te aflijas, ya mudarás de opinión con el tiempo.

—No mudaré, Aznar. ¿Qué diría si tal supiera mi señora?

Estas palabras sacaron a doña Inés de un género de letargo en que estaba su espíritu; oyendo, como si no oyese, y tal vez comparando confusamente lo que oía con lo que sentía, aquellas palabras de amor, con los dolorosos latidos de su pecho.

—¡Pobres muchachos!—dijo sólo.

Y a paso lento se encaminó a su estancia,

Había en ella una gran cama de madera de roble con figuras de animales fan-

tásticos: dos anchas plumazas o colchones de pluma levantaban el lecho muy alto, y lo cubrían una gran colcha de seda y dos pieles magníficas de zorro.

¡Pobre Reina, tan infeliz entonces como el más infeliz de sus vasallos! ¡Pobre esposa, que comenzaba a hallar desierto el tálamo donde juzgó hallar siempre eterna ventura! ¡Pobre mujer!

¡Qué blanca era la tez! ¡Qué palidez tan dulce había en ella! Pudiera decirse que era la propia palidez del alba, que deja entrever apenas la púrpura de un día; pero más propiamente podía compararse aún a la de una rosa blanca puesta por largas horas en un vaso sin agua.

Era hermosa, muy hermosa, de alta estatura, delgada sin ser cenceña, alta y flexible; y lo bien concertado del talle, el contorno aéreo de las manos, y lo menudo del pie, acababan el conjunto perfectísimo de su persona.

Pasada sería ya la primera hora de la segunda media noche, cuando se sintió crugir una portezuela escondida en la pared de la alcoba.

Cedió el resorte, abrióse de par en par, y apareció al dintel D. Ramiro. Un ¡ay! de placer y de sorpresa se escapó de los labios de D.ª Inés al verlo. Levantóse precipitada, y al ponerse en pie tendiéronse los cabellos en sus espaldas repusiéronse los descompuestos pliegues de su gola y vestidos, y así como instintivamente sus galas se ordenaron, y apareció con ellas, no sólo más hermosa, sino en más esplendor que nunca.

—¿Cómo tan tarde, bien mío? ¿Dónde habéis estado, mi señor, que en tanta inquietud pusisteis a vuestra esposa y sierva? ¿No me habláis? ¿No me amáis ya como el día de nuestras bodas?

Levantó la cabeza, que tenía inclinada sobre el pecho D. Ramiro, y murmuró entre dientes:

—¡Desventurada!

—¡Desventurada yo, D. Ramiro! ¡Desventurada yo cuando soy vuestra esposa!

—¿Mi esposa?... No, no sois mi esposa—exclamó el Rey; y levantándose al propio tiempo, asió fuertemente con una de sus manos el brazo derecho de doña Inés—. No sois mi esposa... ¿lo oís?... Nuestro matrimonio es nulo, nulo ante Dios y ante los hombres; y vos y yo hace diez meses, los mismos de nuestro matrimonio, que estamos poseídos de infierno.

D.ª Inés pensó por un instante que estaba loca; D. Ramiro continuó:

—Mirad: desde este día no podemos más vivir juntos; mañana mismo pienso divorciarme de vos y renunciar el cetro en don García de Navarra, en D. Alonso de Castilla, en cualquiera de mis competidores. Yo no he debido empuñar nunca el cetro, ni jamás he debido ser casado; ahora sé ya de cierto que la cólera de Dios está sobre mí, sobre vos, sobre toda nuestra casa.

—¿Habláis de veras, D. Ramiro?—dijo al fin D.ª Inés—. ¡Apartaros de mí, que os amo tanto! ¡Privar, privar del trono a nuestro hijo! ¿Qué decís, esposo mío?

—¡Mi hijo! ¿Qué habláis de hijo? ¿Quién es mi hijo? ¿Qué decís vos ahora doña Inés?—preguntó el Rey asombrado.

—Digo, que hace tres meses que llevo el fruto de nuestro amor en mis entrañas. Esta noche mismo tenía determinado decíroslo para que el júbilo del día fuera completo, y no pensé, en verdad, que tanto os entristeciera el saberlo. Pero, ¿estáis en vos, D. Ramiro? ¿Qué propósitos son esos tan extraños? ¿Qué palabras son esas que ahora escucho, y que ni fueron oídas ni fueron jamás esperadas de mí?

La sorpresa de D. Ramiro no hay cómo encarecerla: confuso, aturdido, dió tres o cuatro vueltas alrededor de la sala, lanzóse a la puerta y salió precipitadamente gritando:

—¿Eso más, Dios mío? ¿Eso más envías sobre vuestro descarriado siervo?

Pintar los tormentos que padeció durante aquella noche la noble hija de los Poitiers, fuera imposible; que los tormentos supremos del alma no se pintan, como no puede pintarse el espíritu impalpable, y a la par invisible, donde nacen y se sustentan.

D.ª Inés amaba a D. Ramiro con ternura; amaba al hijo que sentía en sus en-

trañas, porque es privilegio de las madres amar sin ver ni oír, y sin saber si llegará o no a existir el ser que aman. Amaba también la grandeza que la rodeaba; y ¿por qué no había de amarla? ¿Por ventura no son dignos de tentar a cualquier alma humana la dorada silla donde se sientan los Reyes sobre todos los hombres y sobre todas las mujeres, y la obediencia de tantos, y el amor de tantos, y el poder de tanto hacer y conseguir como acierte a desear el ánimo?

Los lectores deben saber, porque así lo rezan todas las historias de España, que el Rey D. Ramiro II era monje en el monasterio de Tomeras, cuando los grandes de Aragón, congregados y reunidos en las cortes de Monzón, determinaron alzarle por Rey.

Su padre, Sancho Ramírez, estando sobre Huesca, imaginó hacer un don, el mayor que pudiera al cielo, para que se le mostrase propicio en aquella empresa; y el don no fué otro que este hijo, a quien metió de monje de San Benito en el monasterio de San Pons de Tomeras. De allí quisieron promoverle repetidas veces sus hermanos los gloriosos Reyes D. Pedro y D. Alonso *El Batallador*, a alguna mitra o prelacía de importancia, donde diese creces a lo ilustre de su nacimiento; y, en diversas ocasiones, le nombraron para la abadía de Sahagún y los obispados de Burgos, Pamplona y Roda.

Pero D. Ramiro, bien hallado con la vida ascética que hasta allí traía, no quiso conservar la posesión de tales beneficios, y permaneció al fin en el convento de Tomeras, hasta que, le alzaron por Rey los señores aragoneses, buscándole también esposa joven y bella, y de calidad correspondiente a la suya, que fué D.ª Inés de Poitiers. Sobraron Obispos que diesen por bueno y legítimo el tal matrimonio, y el Pontífice mismo lo autorizó, cuando menos, con su silencio.

Gran mella debieron de hacer los encantos del poder; gran mella también las caricias de aquella mujer joven, hermosa y cortesana en el corazón del monje, que desde sus primeros años no había pensado en otra cosa que en el claustro, ni imaginado otra vida que la del cenobita.

Mas si hubo un tiempo en que estuviesen tibios sus recuerdos, nunca, a la verdad, se vieron muertos.

Tal vez D.ª Inés recogió en momentos de embriaguez y de encanto una mirada de pavor en los ojos de su esposo, tal vez sorprendió en él a deshora movimientos instintivos de retraimiento y así como de repugnancia. Y es cierto, que al ver la osadía de los ricos-hombres, y al notar las pretensiones de D. Alonso de Castilla, y la rebeldía del de Navarra, y al oír hablar de alardes y arreos de guerra, o de los peligros y empresas que para defender su trono eran indispensables, solía echar de menos D. Ramiro en voz alta la tranquilidad que, durante cuarenta años, le había proporcionado la vida monástica.

Fió su secreto al abad de Tomeras, a quien miraba aún como superior y padre; comunicóle sus primeros temores y remordimientos, pidióle consejos con que atender a los males que preveía, y remediar el desasosiego de su espíritu. Pero el de Tomeras creyó que el desasosiego provenía del temor que le infundían los ricos-hombres; y así se contentó con enviarle aquel sagaz aviso de ahorcarlos. Con reprimir a los ricos-hombres pensaba el abad que el Rey se entregaría tranquilo a las dulzuras del poder y del matrimonio.

Mientras vivió el abad de Tomeras, D. Ramiro, tranquilo con sus consejos, supo refrenar los remordimientos: de suerte que apenas se traslucían en sus obras y palabras.

Pero muerto su prelado, se halló el Rey a solas con su corazón y su fantasía. Y a medida que avanzaba el tiempo y se disipaba el encanto del primer instante, mayores inquietudes sentía en el alma; inquietudes vagas, sin forma ni color. ¿Quién había de decir que el día de la coronación y jura hubiese de dar tan horrenda forma y color tan siniestro a aquellas vacilaciones de su espíritu?

Los remordimientos mal escondidos, asomaron de repente en el alma del monje, pareciéle ver el semblante de Dios irritado de su apostasía, tremendo como cuando maldijo a Sodoma, negado a toda misericordia para con él. La tarde de aquel día la pasó en hondo afán y recelo; ni miró, siquiera una vez, a sus

caballeros que por celebrar su coronación rompían lanzas y exponían sus cuerpos al hierro; ni hubo medio de que, en una sola ocasión, viniera la risa a sus labios.

Luego, las palabras de doña Inés habían acabado de poner en desorden las ideas de D. Ramiro.

Ser padre y huir del hijo; tener una corona y dársela a otro que no a él, y sellar su frente al nacer con una marca de baldón; depararle una vida oscura y pobre en lugar de otra gloriosa y feliz, son cosas que espantan al corazón más animoso y capaces de contrarrestar los más decididos propósitos en el hombre que siente y piensa.

Don Ramiro, quería renunciar aquel mismo día la corona en cualquiera de sus competidores, y abandonando a la Reina, volver a los pies del abad para obtener la absolución y pasar el resto de su vida en el claustro con mayores cilicios y penitencias que nunca. Pero al oir de doña Inés que estaba embarazada, sintió caer su espíritu, dudó, tembló y el alba del día en que debía ejecutar sus intentos pareció sin que nada hubiera resuelto todavía.

El primer impulso, el impulso espontáneo, enérgico de la voluntad, le dice siempre al padre que se sacrifique por su hijo. Pero ¿ha de sacrificarle tanto como la vida etsrna? ¿Ha de preferir esta su flaqueza mundana al soberano mandato de Dios?

Don Ramiro comenzaba a sentir que no bastaba su ánimo para soportar, ni bastaba su pensamiento para resolver tan grandes contrariedades como albergaba en el espíritu.

—No quiero—continuó diciendo doña Inés—reclamar el amor que ya habéis quitado de mí.

—¡Ojalá, señora, que pudiera devolvéroslo!

—No quiero preguntaros siquiera la causa de mi desdicha, que bien sé que en nada os he faltado y harto se me alcanza que, para dejarme, os han de sobrar pretextos que exponer y razones con qué escudaros.

—Así es la verdad, doña Inés, que no me habéis faltado en nada, y es cierto también que me sobran razones para apartarme de vos.

—Sé, pues, que debo resignarme a vuestra injusticia—prosiguió con algún más calor que en los principios—, y que, en adelante, nada puedo esperar de vos para mí.

—¿Injusticia decís, doña Inés?—replicó ya D. Ramiro, sin más estar en su mano guardar reparo—. ¡Injusticia! Si la hubo fué en tomaros por esposa; fué en unir mi suerte con la vuestra, en compartir con vos el regio tálamo.

—Soy noble, Rey D. Ramiro—repuso altivamente doña Inés, que con aquellas palabras de su esposo creyó afrentada su alcurnia—; soy noble, y los de mi casa no es esta la primera vez que se sientan en tronos.

—No me habéis entendido, doña Inés—dijo el Rey—, y es que ignoráis todavía la causa de nuestra desdicha. Jamás ha habido mujer más digna que vos de ocupar un trono, ni más capaz de hacer feliz a un esposo que no tuviese cual yo pengo sobre mí el anatema del cielo.

—Ahora sí que no os entiendo—exclamó doña Inés asombrada.

—Bien me entenderéis a poco más que diga. Yo era monje profeso, monje benito; no había poder en el mundo bastante a romper mis votos, y los he roto, sin embargo. Nuestro matrimonio es nulo, ya os lo indiqué; nulo ante Dios y los hombres. Ni penséis que de ahora sólo lo sepa, porque há ya mucho tiempo que lo sospechaba, sino que no queria decíroslo, por temor de que os aquejase el llanto.

Doña Inés, que era crédula por demás, como todas las mujeres de su tiempo, que había oido hablar contínuamente en su infancia de avisos del cielo, tuvo pronto por verdadero lo que su esposo decía; calló y lloró en silencio algunos instantes.

—¿Sabéis—exclamó luego—que se me ha quitado un gran peso del alma?

—¿Por qué, doña Inés?

—Porque ya sé que vos no me aborrecéis; ya se que no soy indigna de vos; ya sé que ninguna otra mujer me ha usurpado vuestro corazón. Ahora, si el cielo os ha avisado de que no debéis hacer vida de esposo conmigo, separémonos y amémonos como hermanos.

—Sois una santa, doña Inés—dijo el Rey con dulzura—. A mí sí que, con oiros, se me ha quitado muy gran peso del alma. No hay más que separarnos ya en paz.

—Resignémonos con la voluntad de Dios.

—Resignémonos, doña Inés, que El es quien sabe encaminar todas las cosas, y asi como nos juntó, nos separa ahora para probar nuestra fidelidad.

Don Ramiro no estaba ya desesperado, sino enternecido: doña Inés parecía más tranquila, pero de sus ojos corrían aún abundantes lágrimas.

—¿Sabéis qué pienso, D. Ramiro?—dijo al cabo de breves momentos doña Inés—. Ya que me dejárais a mí, cuidáseis al menos de nuestro hijo. ¿Qué hemos de hacer con él ahora? ¿Cuál de los dos habrá de guardarle y enseñarle e' nombre del otro?

—Es verdad, doña Inés. ¿Y nuestro hijo? ¿Qué hemos de hacer con él?

—Sus abuelos y sus padres fueron Reyes y él no lo será.

—Triste suerte la suya, doña Inés.

—Acaso sea vuestra propia imágen, y sin embargo, reducido a la condición particular, miraráse menospreciado de los otros Reyes y tratado como igual por nuestros vasallos.

—Es verdad; ¡será menospreciado de los Reyes! ¡Será de otros Reyes vasallo!

—¿Y quién sabe si D. Alonso de Castilla o D. García de Navarra, o el mismo D. Pedro de Atares, o cualquiera, en fin, a quien pongan ahora por Rey los aragoneses, se deshará de nuestro hijo por cualquíer modo? Nuestro hijo les daría harta sombra en el reino y de ésas cosas se ven, según dicen, muchas por el mundo.

—¡Oh! tenéis razón, doña Inés—prorrumpió el Rey—, parece duro que nosotros abandonemos y desheredemos a nuestro pobre hijo.

—Y ¿cómo no, si le declaráis mal nacido o bastardo, declarando nulo nuestro matrimonio?

—Es que no lo declararé tal; antes sostendré a la faz del mundo entero, que fué habido en legítimo consorcio y que mi hijo debe llevar esta corona que a mí tanto me pesa.

—No diréis, pues, que es nulo nuestro matrimonio.

—No, no lo diré jamás.

—Pero si ahora dejáis el trono, ¿cómo he de saber yo sola conservárselo?

—Es cierto; tengo que dejarle jurado y reconocido por Rey. Veo ya claramente que tampoco puedo ahora dejar el trono—respondió D. Ramiro suspirando.

—¿Conque es decir, que seguiremos juntos hasta que nazca nuestro hijo; y aun uno ¡qué digo uno! dos años más que es la edad que al menos necesita para ser coronado?

—¡Uno, dos años! Dios se apiade de mí, doña Inés. Es demasiado sacrificio.

—Dios favorece siempre a los buenos padres y a los que amparan a los inocentes y vos seréis buen padre y no puede darse en todo mayor inocencia que la de nuestro hijo.

—Cueste lo que cueste, estoy resuelto a aguardar los dos años y ojalá que sea como vos decís, doña Inés: ojalá que Dios me deje vivir ese tiempo. Ojalá que no me mate sin penitencia.

—¡Oh! gracias, gracias, señor—exclamó doña Inés arrodillándose delante del Rey—. Mirad, no me atrevo ya a abrazaros, pero nunca me habéis parecido tan grande como ahora, nunca os he amado tanto como en este momento. Perezcamos nosotros, si es preciso; padezcamos tormentos eternos, pero salvemos a nuestro hijo de la afrenta y aun de la muerte que de otro modo le espera.

—Me hacéis temblar, doña Inés. ¿Preferiríais vos la condenación eterna, a privar del trono a nuestro hijo?

—Yo no sé lo que me digo, señor. Mas Dios que a vos os hizo padre, y a mi madre, perdonará este natural amor, y él nos dará tiempo de hacer penitencia por todo, después que hayamos logrado nuestro intento.

—Amén, doña Inés, amén.

—Yo os imitaré en la penitencia y oraciones.

—Pero ¿sabéis, doña Inés, que ya no debemos hablarnos juntos si no es en público? ¿Sabéis que en adelaute no hemos de ser otra cosa que hermanos, como vos misma habéis dicho?

—¿Y qué importa, si lo principal está conseguido? ¿Veis estas lágrimas, Don Ramiro? Son de amor que os tengo, de amor que me abrasa las entrañas y que acabará por quitarme la vida. Pero aún soy capaz de este sacrificio, y del otro no lo era; aún soy capaz de separarme de vos, y no lo era de abandonar a nuestro hijo.

—Y yo también, doña Inés, os amo con toda mi alma. Como que no he conocido otra mufer que vos, ni en otra he puesto jamás el pensamiento. Pero ¡ay! advertid que tales palabras no nos son ya lícitas, habladme no más que como a un hermano.

***

Pasaron seis meses tranquilamente, o al menos sin alteración alguna en las cosas del reino.

El rumor de la renuncia del Rey, que, como suele suceder en estas cosas, había ya comenzado a correr entre la muchedumbre, fuese lentamente apagando.

Los ricos-hombres y prelados, alarmados en los principios con los recelos de Lizana y la revelación de Roldán, llegaron a creer que no se realizaría ya ninguno de los intentos del Rey, y que todo seguiría como hasta entonces.

Unicamente la Reina doña Inés, en soledad de continuo, y de continuo llorosa, era sabedora del secreto y vivía con zozobra; y sentía que el pesar se le aumentaba a medida que más cerca llegaban los sucesos.

Don Ramiro, por su parte, invirtió este tiempo de un modo que a muchos pareció extraño, puesto que no llegaron a comprender hasta más tarde su verdadero significado.

Ya hemos hablado de la predilección que suele demostrar el cronista muzábe, de quien tomamos este relato, por cierta iglesia de San Pedro, a la cual llamaban ya en tiempo de la conquista, que es decir muy cerca de ochocientos años antes de ahora. San Pedro el Viejo, a causa de su antigüedad remota, comenzó de pronto a aumentar y engrandecer D. Ramiro.

Había en ella convento de benitos, los cuales hacían muy penitente vida, y oraban de continuo, ora al pie de aquellos altares levantados quizá de orden de los ministros cristianos de Constantino, ora junto a las cruces del estrecho cementerio, cuyas piedras, aquí y allí plantadas sobre las sepulturas, conservaban esculpidos todavía nombres romanos y godos.

Desde el día en que supo el Rey que era padre, comenzó a ordenar trazas y a acopiar materiales; y luego, de allí a poco, emprendió la construcción de un claustro anejo a aquella antiquísima iglesia. Diariamente se le veía asistir a los trabajos y dirigirlos, y aun enmendar con sus propias manos los toscos dibujos de los escultores de la época, y ayudar con ellas a levantar las columnas y chapiteles que habían de cerrar el claustro.

Nunca obra más sombría reflejó quizás más sombríos pensamientos.

Aún pregonan aquellos muros, que son obra de un monje sin otros deseos que el silencio de la soledad y el reposo de la muerte; de un penitente que, puesto en Dios el espíritu, no quería dejar para los sentidos, ni luz, ni aire, ni agua, sino solamente tierra; de un hombre a quien la vida mortificaba, y a quien el pensamiento de morir se le aparecía con placer de continuo.

El claustro de San Pedro el Viejo es una tumba.

Allí fué donde, al cabo de los seis meses, recibió nuevas el Rey de que la Reina estaba de parto. Y por primera vez, desde el día de la coronación, animóse su rostro un tanto, y una idea humana, terrenal, cruzó por su mente.

Poco después vinieron a decirle que la Reina había dado a luz una criatura. Alzó los ojos al cielo, murmuró algunos rezos y ordenó que se apresurasen los trabajos en el monasterio.

A la tarde de aquel día, cuando la luz faltaba ya completamente del claustro, y no era posible seguir en ellos, volvió, como de ordinario, al Alcázar y entró a ver a su esposa.

—Mirad, señor, a vuestra hija—le dijo doña Inés con ternura.

—Será hermosa como vos—respondió D. Ramiro.

—¡Hermosa como yo!—Y la pobre mujer, no osando siquiera darle el nombre de esposo—gracias, señor—dijo—; gracias.

Don Ramiro se inclinó hacia la frente de la Princesa y puso en ella los labios.

—Ponedla, doña Inés, vuestro nombre—dijo con mal encubierta ternura.

Y al oir aquellas palabras que la mostraban tan claramente el cariño de su esposo, no pudo la Reina resistir más y prorrumpió en copioso llanto.

—No, no quiero que lo tenga: no quiero que sea, cual yo, de desdichada.

La princesa fué bautizada al día siguiente; la pusieron Peronila.

Todavía se ven en el claustro las parduscas columnas, ora aisladas, ora agrupadas de dos en dos y de cuatro en cuatro, que hizo levantar en aquellos días D. Ramiro.

Todavía duran los chapiteles donde labraron a su vista los mejores artífices de sú tiempo, flores desconocidas y hojas de familia indescifrable; guerreros que parecen monjes y monjes que tienen trazas de soldados.

Allí se ven aún brazos que parecen cuerpos y cuerpos que parecen brazos; allí caras mayores que los cuerpos que las sustentan, o cuerpos jigantes con rostros de niños.

Dos años cumplidos gastó Don Ramiro en la fábrica, y cuando la vió terminada, nó pudo contener una exclamación de alegría.

—¡Ya nada me queda por hacer!—dijo.

Y de vuelta al Alcázar, saludó a su esposa más afectuosamente que solía, y besó con más amor que nunca la frente de la Infantita doña Petronila, que ya había aprendido a seguirle con los ojos y a nombrarle padre.

***

En un gran salón del Alcázar de Huesca, adornado con primorosos artesones de madera, mirábanse reunidos cierto día como hasta quince ricos-hombres, los mejores del reino.

Pedro de Luesia el Arzobispo era uno, y otro aquel Roldán tan determinado, y Gil de Atrosillo, y Miguel de Azlor, y Sancho de Fontova, y el viejo Férriz de Lizana, y un cierto García de Peña, y otro nombrado Ramón de Foces, y otro aún a quien apellidaban Pedro Coruel, y García de Vidaura, y Pedro de Vergues, y cinco más cuyos nombres calla la crónica.

Largo rato pasaron en sabroso entretenimiento, ora repartidos en grupos, ora en general conversación: al cabo se abrió la puerta principal del salón y dos heraldos anunciaron en alta voz al Rey.

Los ricos-hombres nombrados dejaron su plática y se adelantaron a recibirle.

Don Ramiro parecía más contento que de ordinario y saludó más afectuosamente que nunca a los magnates del reino.

Sentóse luego en la silla que le estaba preparada y habló de esta manera:

—Bien sabéis, mis buenos caballeros y ricos-hombres, cuán a disgusto mío fué el salir del convento y tomar mujer y entender en el gobierno del reino. La salud del Estado fué lo único que pudo moverme a dejar la vida tranquila que traía y faltar a los votos de monje que tenía hechos. Pues mientras ha sido necesaria mi persona, he atendido a gobernaros como mejor he sabido, si no siempre con acierto, con buena voluntad. Mas ahora siento que ya no hago falta por acá y es hora de que vuelva a la vida penitente. Déjoos una hija que debe suceder-

me en el trono, según es razón, y con ella, los años adelante seréis más felices que lo habéis sido conmigo. Sólo falta que vosotros la juréis como leales, reconociéndola por legítima señora del reino. Así os lo premie Dios, amén.

Calló el Rey, y los ricos-hombres se miraron unos a otros, sin poder ocultar la sorpresa que este singular discurso les causaba, y comenzaron a hablar entre sí, con poco respeto.

El Rey, con quien tan poca cuenta tenían los preopinantes, no oyó unas cosas, de otras no entendió lo que querían decir, y advirtiendo sólo que nadie le respondía, dijo después de algunos minutos de silencio:

—¿Nada se os ocurre, los buenos caballeros? ¿No es verdad que os causa contento mi resolución?

Férriz de Lizana, como más autorizado que los otros por sus canas y largos servicios y conocimiento de Reyes, tomó la palabra y habló de esta manera:

—Grande espanto es, señor, lo que nos causa vuestra resolución. Los Reyes en Aragón no tienen, señor, autoridad para tanto: que así como así no tienen más sino aquella que nuestros antepasados delegaron en ellos en el monte Pano. Dejar vos el trono será gran daño para Aragón en las presentes circunstancias De mí sé decir que no he de consentirlo.

—¡Ni yo! ¡Ni yo!—gritaron todos al propio tiempo.

Don Ramiro se estremeció al oir aquella reprobación unánime y no esperada.

—Nobles caballeros—dijo con voz menos firme que la majestad pedía en tal ocasión:—¿Queréis obligarme a llevar la corona en la cabeza contra mi voluntad? ¿Queréis forzarme a que me falte a mí propio y falte a lo que debo a Dios y a mis votos?

—¡Pobre monje! No le aflijáis—dijo uno de los caballeros a los que más cerca tenía.

—¡Triste Cogulla!—exclamaron otros.

Férriz de Lizana volvió a tomar la palabra.

—Nosotros—dijo—no queremos forzaros a vivir en el mundo, dado que tanto os molesta; lo que deseamos es que no se deroguen las costumbres antiguas del reino, y que las Cortes aragonesas sean llamadas a juzgar en los casos graves, conforme al fuero. Las Cortes son, señor, y no vos, las llamadas a decidir si hemos de jurar o no a doña Petronila, que no será nunca por mi voto.

—Ni por el mío, ni por el mío—dijeron los más jóvenes de la concurrencia, para los cuales era voz de oráculo la del viejo Lizana.

—Pero ¿quién, si no es mi hija, ha de gobernaros cuando yo me entre en mi monasterio?—preguntó cándidamente el Rey.

—Eso es cabalmente lo que ha de decidir el reino junto en Cortes—dijo Lizana—; ni a vos ni al reino conviene que os retiréis de nuevo al claustro. Vuestra hija será Reina casándose con uno de los poderosos Reyes vecinos, y para Aragón os dará Dios luego un varón como conviene.

El Rey frunció el ceño y gritó desesperado:

—¡Un hijo! ¡Un hijo! Jamás. No eres tú quien hablas, Lizana: es el demonio mismo, el demonio que ve que se le escapa ya mi alma... *Vade retro*, espíritu de las tinieblas: *vade retro*, que ya te conozco y no te aprovecharán tus artificios: así, ni más ni menos, me decías hace tres años, los tres años ¡ay! de continuo suplicio en que me has tenido sujeto al trono.

—Pero, señor—fué a replicar Lizana.

—No, no escucho nada: jurad por Reina a mi hija, juradla al momento—dijo el Rey brotando llamas por los ojos.

La sangre de su abuelo Ramiro I, el que libró a su madrastra de la hoguera, y murió como tan bueno en Graus; la de su padre Sancho Ramírez, que pereció también atravesado por saeta mora; la de su hermano don Pedro, que conquistó a Huesca, y la de aquel otro valentísimo hermano que acababa de morir en Fraga, bullía al cabo en sus venas. Y poderosamente excitado por sus ideas religiosas que los ricos-hombres contrariaban, y por el cariño de padre que descono-

cían, la cólera y el esfuerzo que habían dormido en él por tanto tiempo, se despertaron en un punto.

—Necios sois y traidores—les dijo—, que no prudentes y caballeros. Me habéis traído a la perdición, ¿y ahora os burláis de mis penas? No será por mucho tiempo: idos, que voy a disponer las cosas de modo, que os arrepintáis de vuestra insolencia. No, no tendréis en mí, en adelante, al príncipe complaciente que habéis tenido hasta ahora: lobo hambriento he de ser para vosotros, supuesto que queréis que lo sea. Idos al punto de mi presencia.

Los grandes, más bien maravillados que no acobardados por aquel arranque de ira, se dirigieron hacia la puerta sin responder palabra.

Dos hombres de armas la guardaban.

—Oíd los de la mesnada—dijo Férriz de Lizana—, ¿de qué casa es vuestro pendón?

—Somos, señor—respondieron los hombres de armas—de la casa de Azlor.

—Ea, pues, Miguel de Azlor—repuso Lizana dirigiéndose al rico-hombre de tal apellido, que venía detrás de todos—, mandad a los vuestros que no dejen entrar ni salir a nadie por esta puerta sin nueva orden. A nadie, ¿entendéis? No haya excepción en ello. Y vosotros, Roldán, Gil de Atrosillo, Vidaura; corred a vuestras mesnadas, aquí y allá puestas de guardia en el Alcázar, y que no dejen salir ni entrar a nadie tampoco, sopena de la vida.

—Vasallos, ¿os atreveréis a prender a vuestro Rey?—gritó D. Ramiro al oír aquellos extraños mandatos.

—No nos atrevemos—replicó Lizana—sino a defender nuestros fueros.

Y volviendo las espaldas, se alejaron los ricos-hombres hablando o riendo siniestramente sin curarse de sus gritos y amenazas.

Oyóse, aunque a distancia, claramente la voz de Lizana, que decía:

—No os burléis de sus amenazas, que ya las cumplirá él si le dejamos cumplirlas. A fe que consejo no le falta, pues ya sabéis el que le dió el mal abad de Tomeras; y bien pudiera juntar éste con el que le ha dado el de Mont-Aragón de dejar el trono. Y que dejara el trono, pase; pero dejarnos a nosotros sin cabezas, eso no, pues la mía al menos se halla muy a gusto sobre mis hombros.

Una carcajada general de los ricos-hombres respondió a estas palabras.

El Rey quiso salir detrás de ellos, pero por más que hizo no pudo ya; los hombres de armas, caladas las viseras y bien empuñadas las partesanas, le cerraron el paso como si no le conociesen.

Así pasó el resto del día, y preso en su propio Alcázar el Rey de Aragón, y en el entretanto todo Huesca era rumor, todo armas, todo aprestos de guerra.

Y los servidores de la casa del Rey, amedrentados, huían o se escondían, que suele ser costumbre de tales gentes en ocasiones como ella.

En tanto la Reina D.ª Inés, harto acostumbrada ya a no ver a su esposo, ignoró por muchas horas lo que ocurría.

Hallábase asomada en un ajimez del Alcázar, desde donde miraba correr las aguas de la Isuela, formando cien revueltas por entre los sotos de sus orillas.

A su lado estaba Castana, con la tierna Princesa en los brazos. De cuando en cuando volvía el rostro la madre y aplicaba sus labios en el rostro de la hija.

Sonaron dos golpes ligeros a la puerta de la estancia y Castana fué a abrirla, llevando en brazos a la Princesa.

Nunca lo hubiera hecho, porque en el propio tiempo que abría, saltaron sobre ella dos guerreros, y arrancándole el uno a la Princesa de los brazos, se la dió al otro, diciendo:—Ponedla en seguro—. Y éste desapareció como un relámpago.

Castana prorrumpió en un grito lastimero y cayó contra el muro desvanecida.

D.ª Inés volvió el rostro al oir aquel grito. Mirar y ver que no estaba allí su hija, fué obra de un instante, y dirigiéndose a aquel de los guerreros que había permanecido en la estancia, le asió del brazo y le dijo con voz temblorosa:

—¡Mi hija, mi hija! ¿Quién sois? ¿Dónde va mi hija?

El guerrero se alzó la visera y la Reina reconoció en él a Roldán.

—¿A dónde se han llevado a mi hija, Roldán? ¿Esto os ha mandado el Rey?

—Confiad, señora, en quien la tiene en sus manos—respondió el caballero.

—No, no confío en nadie. ¿Dónde está? ¿Dónde está mi hija—exclamó.

La Reina y Castana recorrieron diversas salas y aposentos, bajaron y subieron escaleras, sin sentir otro ruido que el que producían sus pisadas.

—¡Mi hija, mi hija!—gritaba la Reina de vez en cuando, pero en vano.

Al cabo de mucho andar y revolver llegaron a una puerta donde se hallaban de guardadores dos hombres de armas. La Reina, sin verlos siquiera, se lanzó a la puerta; pero los hombres de armas cruzaron delante de ella los hierros de sus partesanas, y la impidieron que entrase.

—¿Qué hacéis?—dijo D.ª Inés—, ¿sabéis que os oponéis al paso de la Reina?

No respondieron ellos; pero en aquel momento salió como de lo interior de la sala, un hondo gemido.

—¿Quién está ahí?—exclamó llena de horror.

Otro gemido más doloroso que el anterior volvió a escucharse. D.ª Inés, sin más poderse contener, se arrojó a la puerta; mas los soldados volvieron a cruzar las armas, y uno de los hierros hirió levemente su mano derecha.

Al ver correr la sangre de su señora, Castana se abrazó con ella, gritando:

—Estáis herida, señora, herida. ¡Favor, favor, que han herido a la Reina!

De pronto se reflejó en el suelo una figura negra y corpulenta, que venía de la parte de las sombras, y al revolver un ángulo del corredor acababa de ser descubierta por la luz de la antorcha.

—¿No ves, Castana? ¿No tiemblas?—dijo la Reina.

—Lejos de temblar, señora mía, no quepo en mí de gozo; es el almogábar, aquel almogábar que salvó la vida a mi señor el Rey el día de las fiestas.

A la sazón, el almogábar caminaba por el corredor adelante, como hombre que bien conocía los pasos y que solía transitar por allí.

—¿Eres tú, Castana? ¿Tú a quien vengo buscando?—replicó el almogábar—. ¡Pecador de mí que no te haya conocido! Y es que tu voz está alterada:¿será posible que le haya acontecido al Rey alguna desdicha?

—Sálvale, almogábar, sálvale—dijo la Reina D.ª Inés, señalándole la puerta.

—Ten, ten—repuso Castana—. Hay dos hombres de armas en el aposento: cuenta con que te negarán la entrada.

—¿Qué es negar?—repuso con terrible acento el almogábar y echó mano a sus dardos.

—¿Quién va?

—Un escudero del Rey—respondió Aznar—, que os manda que dejéis libre esa entrada para él y estas damas que con él vienen.

—Pues volveos por otro camino, escudero—repuso el otro—, que no hay por aquí paso esta noche.

—Sí lo habrá—dijo Aznar—, aunque haya de servir de escalón tu maldito cuerpo—. Y asestando contra él uno de sus dardos, le partió el corazón, de suerte, que no acertó a dar un gemido.

Al llegar como a la mitad de este aposento, la puerta se abrió y aparecio ante ellos el otro hombre de armas, que volvía a reunirse con su compañero.

Aquel hombre de armas cayó, como el otro, sin darle tiempo la muerte para que articulase una queja.

—¿Erais vos, don Ramiro?—dijo la Reina.

—¿Erais vos, doña Inés?—dijo el Rey.

—¿No os han hecho nada, esposo mío?—añadió aquélla.

—Nada, sino es tenerme preso—contestó éste—. ¿Paréceos poco para vasallos? Mas ¿por qué gritábais hace poco? No sé cómo habéis podido llegar hasta aquí.

—¿Cómo?—exclamó Castana—. ¿No véis quién viene con la Reina? Es Aznar, Aznar, aquel valiente almogábar que os salvó en otro tiempo la vida; él ha derribado a sus pies cuantos estorbaban el paso; no le hay más valiente.

—¿Podremos huir por allí?—continuó el Rey sin reparar en ello.

—¡Oh! entonces no os expongáis—dijó doña Inés—. Quedaos aquí; ¿qué mal han de haceros vuestros vasallos?

—No se prende a un Rey por lealtad ni por cortesía, doña Inés: digoos que no sé la suerte que podrían depararme. ¿Y aún creéis que esto vaya encaminado contra mí solo? ¿No adivináis que la causa de mi prisión es el que quieren esos ricos-hombres arrebatar el trono a nuestra hija?

—¡Ay de mí!—prorrumpió entonces doña Inés dejando correr un mar de llanto—. Yo inquieta, temerosa, horrorizada, por no daros mayor pena, os he estado ocultando lo que pasa. ¡Me han quitado a nuestra hija! ¡Me la han robado! ¡La he buscado por todo el Alcázar y no he podido dar con ella! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Dónde la habrán llevado? ¿Qué es lo que van a hacer con mi hija?

—¡Eso me ocultábais, doña Inés!—dijo don Ramiro al punto—. ¿Y cómo dejásteis que os la arrancaran de los brazos?

—¡Ah! de la propia suerte, señor, que vos dejasteis que os prendiesen—dijo doña Inés sollozando.

—Está bien, doña Inés—respondió—. Yo vengaré la afrenta mía y a la parrescataré a nuestra hija. Por su vida no temáis, que harto les importa a los grandes conservarla en rehenes. Quedáos en este Alcázar hasta que yo venga, que a vos tampoco han de faltaros en cosa alguna.

***

Natural era, dice ahora aquí el muzárabe, que fuere ocasión de grandísimo alboroto y ruído en el Alcázar de los Reyes de Aragón, la falta del prisionero don Ramiro, y más viendo cadáveres a los guardas y forzadas las puertas, sin hallar rastro alguno ni indicio que denotase cómo y cuándo había podído ejecutarse tan arriesgada fuga. Al punto ardieron antorchas, relumbraron espadas, sonaron clarines, alzáronse pendones, y cundió la alarma por toda la ciudad y los lugares comarcanos.

Vano empeño. Pasaron horas y horas y fueron volviendo los ricos-hombres, cansados de caminar noche y día, sin hallar, a sol ni a sombra a D. Ramiro. Todos decían y relataban lo mismo: que habían corrido la hoya y las montañas vecinas, sin tropezar siquiera con sus huellas, que no era difícil que se hubiera despeñado por los montes, o que hubiera sido comido de lobos. Sólo a Roldán se echaba de menos: Roldán, el más activo y determinado de los ricos-hombres, andaba aún por no se sabía dónde, cuadno ya estaban de vuelta en Huesca todos los otros.

Oyó el pueblo con asombro la desaparición del Rey, sabiendo unos la prisión después de la fuga, ignorando otros aquélla y no dándose de ésta cuenta por consiguiente. Y los ricos-hombres, sin curarse de lo que pensaran los ciudadanos, quitaban y ponían, hacían y deshacían, y ejercitaban todos los atributos de la corona. Comenzaron a murmurar los jurados de la ciudad, celosos de sus privilegios; quejáronse luego en altas voces los hidalgos y menestrales ricos que había en ella, con los cuales no se contaba; y antes de mucho, el justo orgullo de los unos, y la injusta envidia de los otros, proporcionaron a los ricos-hombres numerosos enemigos, convirtiéndose en otro campo de Agramante, la noble y sosegadísima ciudad de Huesca. A punto llegaron las cosas, que casi nadie se acordaba ya del Rey ni de su fuga, todo era ya en estos afanarse por retener el mando, en aquellos desvivirse porque éstos no recogieran de él la menor parte.

***

La del alba sería ya la hora que iba corriendo, cuando Castana oyó que la llamaban en voz baja de la parte afuera del aposento. Pronto conoció la voz de Ruderico, el pajecillo de la Reina.

—Buenos días, señora Castana—dijo al verla el muchacho.

—Buenos días te dé Dios, mal paje—respondió Castana—. ¿Qué picardigüela te trae por aquí a estas horas?

—Señora Castana—repuso el pajecillo—. Dígoos, para no hacer rodeos que

el mismo almogabar esta aquí en cuerpo y alma, y que hace dos horas que le he visto rondar esas ventanas que dan al río.

Castana, que al oir las primeras palabras del paje se había puesto en extremo colorada, se fué ahora tornando pálida como la cera. La sorpresa y el regocijo la había trastornado

—Conque Aznar... Aznar... ¿estás seguro de ello? ¿Dónde le has visto? ¿Junto al río dices? Mira. Esta moneda plateada es tuya si le conduces aquí al instante.

Y diciendo esto Castana, abrió de par en par una ventana y dirigió anhelosamente la vista hacia los álamos plantados al pie, los cuales se extendían en una especie de bosquecillo hasta la corriente del agua.

Ruderico, al olor de la moneda de plata, volaba, que no corría, y fué obra de un momento recibir el recado, bajar las escaleras, cruzar el patio y la puerta, salir al campo, llegarse al almogábar y traerlo,

La pobre muchacha no estaba, sin embargo, para recordarlo mucho tiempo. Al ver que Aznar se venía detrás de Ruderico, corrió a la galería del palacio desalada, y sin dar a sus sentimientos espera alguna, le gritó de lejos:

—Aznar, Aznar, ¿eres tú? ¡Cuántos deseos tenía de verte!

—No serían mayores—dijo Aznar—que los que yo tenía de ver tus ojuelos, que hieren como mis dardos y son de sabrosos como la miel de las abejas; pero no es tiempo de pensar en nosotros, Castana. ¿Te has dejado el dardo en la ventana enclavado? Ve y tráemelo al punto, que el dardo falta me hace, pero más falta le hace aún a tu señora aquel pergamino que en él vino...

—¡Ay qué espanto me diste, Aznar!...

—¡Espanto! Por la Virgen de la Huerta, Castana, que temo que no has de servir para mi esposa. ¿Espanto dices? ¿No tienes confianza en mi brazo? Jamás ha marrado el tiro a la luz del día.

Castana calló, y no sin mirarle antes dulcemente, fué y trajo el dardo. No hubo tiempo para más, porque al nombre y la voz de Aznar, la Reina, que se había levantado sobresaltada, apareció ya a la puerta de su aposento.

El almogábar, inclinando una rodilla, le entregó con respetuoso desembarazo un pergamino. Desdoblóle doña Inés y leyó para sí las siguientes palabras:

«A la muy poderosa y honrada dueña doña Inés, hija de los Condes de Poitiers y...» Aquí había cerca de un renglón muy prolijamente tachado, donde con alguna dificultad se leía: «Reina y señora de Aragón.» Luego continuaba el pergamino de esta manera:

«Dios ha tenido piedad de nosotros, doña Inés. El Conde de Barcelona y yo »estamos ya con hueste bastante para poner en el trono a nuestra hija, la cual »quedará con el dicho Conde desposada. Y dentro de poco hemos de regocijar»nos los dos: yo con estar en el convento, de donde no debí salir, según sabéis, »y vos con estar libre de pecado mortal, porque a fuerza de meditarlo, he veni»do a afirmarme en que también lo estáis desde que se consumó nuestro matri»monio. Y en verdad os digo que el habérseme confirmado esta sospecha que »siempre tuve, me aflige mucho, por lo sobradamente que os amo, así Dios me lo »perdone. Y nunca he padecido tanto como ahora, ni hallaré algún alivio hasta »que os proporcione el bien que debo, que será huir para siempre de vuestra pre»sencia, de modo que más no me veais ni oigais en toda vuestra vida. Sírvaos »esta promesa mía de consuelo; y ella os ayude a llevar con paciencia el tiempo »que hemos de estar juntos, que aunque breve, yo sé que os parecerá largo, se»gún es de piadoso vuestro ánimo.

»De la hueste en buena salud y no más que mediana conciencia, fray Ramiro, »malamente llamado Rey antes de ahora.» Luego debía venir el día, mes y año, pero no se leia bien merced al agujero que abriera el dardo en el pergamino.

Si Castana y Aznar no hubieran estado mirándose muy tiernamente y diciéndose con los ojos todo lo que callaban por fuerza los labios, habrían sido testigos de una extraña cosa, y es, que así como doña Inés acabó de leer esta carta placentera, donde tan buenas nuevas le enviaba su marido, se llenaron sus ojos

de lágrimas. Y no eran lágrimas de sorpresa y alegría, que esas ya hubieran venido bien en ocasión como aquella, sino lágrimas amargas, gruesas y lentas, que resbalaban por el rostro de la Reina, vuelto pálido de repente, sin que las manos se levantasen a secarlas o recogerlas.

—¿Sabes, fiel Aznar, que Férriz de Lizana y los ricos-hombres no han querido devolverme a mi hija y que todos los días vienen a insultarme en este Alcázar, donde asisten a manera de reyes?

—¡Lizana, Lizana! donde quiera tropiezo con este hombre—dijo Aznar entre dientes. Luego, dirigiéndose a la Reina, dijo en voz alta: —Ya os devolverán a vuestra hija, o por mejor decir, ya se la quitaremos con harta mengua suya; y lo que es de las salas de este Alcázar, por cierto que han de salir no tan soberbios como entraron

—Dios lo quiera, Aznar; pero son poderosos los rebeldes.

—¿Y qué importa que lo sean, señora? Como liebres huirán de la hueste del Rey, que entre aragoneses y catalanes, es numerosa y fuerte a maravilla, o de no, caerán como haces de mies al filo de nuestros hierros. Y harto siento yo que el Rey haya determinado conceder perdón a sus delitos, con tal que no hagan resistencia: resistiéranse ellos en buen hora, y acabara de una vez en Aragón tan mala semilla.

—¿Traes tú el perdón?

—No, sino el honrado Pedro de Fivallé, que es como escudero del de Barcelona, al cual llaman rey de armas.

—¿Y crees tú que lo admitirán lo ricos-hombres?

—Tengo por cierto que no lo admitirán.

—¿Y qué hacer en tal caso?

—¿Qué hacer? El Rey y el Conde llegarán de todas suertes a la ciudad, y si hallan abiertas las puertas, entrarán pacíficamente, y si no, las quebrantarán con los vaivenes que están preparando o harán portillos en el adarve. Y si al avistarlos desde los muros tañimos cierta campana Fivallé y yo, será señal de que han solicitado el perdón los rebeldes y no se dejará pasar a los montañeses adelante, porque son traviesa gente, y una vez dentro no habría modo de quitarles de las manos ni las cabezas ni las bolsas de los ricos-hombres. Si la campana no suena, entonces las armas harán su oficio, y San Jorge nos ayudará, y sus casas serán entradas a sangre y fuego, y sus cuerpos hechos pedazos en pena de encubrir tan traidores ánimos.

—¡Qué horror! Aznar, ¿ha mandado eso D. Ramiro?

—No: mas halo por él dispuesto el Conde de Barcelona, que es hombre de singular esfuerzo y dignísimo de llevar corona en la cabeza; de nuestro buen D. Ramiro fué solamente el mandar que primero se les brindara con el perdón.

En este momento sonó una trompeta en el patio del Alcázar.

—¿Qué es eso?—preguntó la Reina.

—Es que Pedro de Fivallé ha terminado su encargo y tengo que ir a juntarme con él. Mañana, señora, tendréis aquí ya al Rey vuestro esposo y hallaréis en vuestros brazos a la tierna Princesa.

—¡Mi esposo, mi hija!—repitió la Reina con honda melancolía.

El almogábar hizo una reverencia sencilla, pero respetuosa, y salió.

Aún cuando nada se hubiera sabido por Aznar, fácil habría sido entender que algo extraordinario y solemne sucedía en el Alcázar de Huesca.

En la propia estancia y lugar donde los ricos-hpmbres dejaron preso a su señor y Rey D. Ramiro, se hallaban ahora recostados en los blandos cojines, o paseándose en bulliciosos grupos, catorce de ellos, que es decir, todos menos uno, de cuantos tomaron parte en aquella determinación peligrosa. El que faltaba de ellos, bien claro se veía que era Férriz de Lizana, porque no era posible confundir con otras, ni por breve instante, su venerable faz y altiva apostura.

De pronto, un silencio profundo interrumpió todas las conversaciones. Los ricos-hombres tomaron asiento a uno y otro lado del salón. Férriz de Lizana, que acababa de entrar, se sentó en cierto sillón colocado en un testero, delante del

dosel, donde en las ceremonias solían asistir los Monarcas aragoneses. En un momento, aquella reunión tumultuosa cobró el aspecto de un tribunal, de un senado, de una corporación venerable.

—Nobles y valerosos caballeros—dijo Lizana—; ¿persistís todos en el buen propósito que tenéis hecho de defender los fueros del reino?

—Sí persistimos—dijeron todos los ricos-hombres a un tiempo.

Y a la par oyóse un sonido espantable de armas; era que los ricos-hombres habían dejado caer sobre el pavimento las pesadas vainas de hierro que ocultaban los filos de sus espadas, señal de asentimiento, no por primera vez notada por el autor en su crónica.

—¿Y persistís—continuó Lizana—, en no admitir ni jurar, de conformidad con lo que disponen nuestros fueros, por Rey y señor de Aragón a una mujer, sea la Infanta D.ª Petronila, por quien ahora se pretende, sea otra cualquiera?

—Sí persistimos—volvieron a decir los ricos-hombres, sonando de nuevo las espadas.

—Pues siendo así—dijo Lizana—, preparaos a contestar a un mensaje del Rey, y sea tal la respuesta como merezca el mensaje; teniendo en cuenta lo que ordenan nuestros fueros y lo que habéis prometido y jurado antes y ahora.

Dicho esto, llamó a dos escuderos, que se hallaban apostados a uno y otro lado de la puerta, y dijo:

—Id por los mensajeros, cuya venida me habéis anunciado, y no olvidéis el recordarles cuánto debe ser su respeto y moderación hablando con los ricos-hombres de Aragón, que, en representación del Rey y del reino, están aquí presentes:

Algunos de los noticieros que habían, hasta allí, acertado, pasearon sus ojos triunfantes por el concurso; otros, no tan felices, los clavaron en el suelo. Pocos momentos después del mandato de Lizana, los dos escuderos volvieron, guiando al buen Fillavé, que, como había Aznar anunciado, era quien traía el mensaje; y a los dos hombres, que por toda comitiva lo acompañaban, los cuales no eran otros sino Yussuf y Assaleh, dos esclavos mudos en cuya discreción el conde don Berenguer, no sin motivo, confiaba.

Que D. Berenguer hubiese elegido para tal mensaje a su rey de armas, que era al propio tiempo su compañero de aventuras, nada tiene de extraño; pero el haberle dado a éste por compañeros dos mudos, no parece que debiera tener otro objeto sino evitar que el dinero de los ricos-hombres aragoneses pudiera penetrar sus secretos propósitos; siendo notorio, que no hay mayor sagacidad que la del bolso para enterarse de las cosas más ocultas, y poner a la luz del día los más profundos misterios.

Fivallé se adelantó con paso firme hacia el centro del salón, y allí, haciendo una profunda reverencia, aguardó a que Lizana, como persona que hacía cabeza en el concurso, le diese licencia de hablar.

Lizana, a fuer de viejo y prudente, le miró muy bien primero, para ver con qué género de hombre se las había. Luego le dijo:

—Mensajero, hánme referido que te has presentado a las puertas de esta ciudad con caballo, lanza y escuderos, solicitando ver y hablar al que fuese alcaide de sus fortalezas. No ignoro que tal es la fórmula con que suelen acercarse los heraldos de los Príncipes y Reyes enemigos a las plazas que amenazan con sus armas; mándote que digas antes de todo, cuál es tu nombre y el de tu señor, y de qué hueste o reino vienes, que por tu voz quiera declararnos la guerra.

—Vengo—contestó Fivallé con firme acento—vengo de parte del muy poderoso D. Ramiro, por la divina merced de Nuestro Señor Jesucristo y la intercesión de su Santa Madre, Rey de Aragón, a ordenaros a vos, D. Férriz de Lizana, y todos los ricos hombres, prelados y caballeros aquí presentes, si sois en verdad los que señoreáis estas fortalezas y gobernáis estas armas, y guardáis estas haciendas, y dispensáis aquí la justicia, que le entreguéis las fortalezas que no os pertenecen, y rindáis las armas ante vuestro señor natural, por ser todos derechos y deberes suyos, no vuestros, supuesto que él es el Rey y vosotros sois no más que sus vasallos.

—Deslenguado malsín, vil escudero—dijo levantándose Lizana—. ¿Como te atreves a hablar en tales términos a los ricos-hombres del reino? Hola, escuderos; no hay más que oír; llevaos a este villano y echadlo al río desde una torre.

Fivallé, según la palidez del rostro y el temblor de sus rodillas, no daba ya por su vida un ardite; pero la voz del deber le mantenía firme la voluntad y aun todavía tuvo aliento para añadir:

—No me defenderé, los escuderos; podéis matarme a mansalva; pero de este crimen que va a cometerse no sólo responderán vuestros señores, sino que vosotros también responderéis con la cabeza a vuestro Rey D. Ramiro y a mi señor natural, el muy valeroso D. Ramón Berenguer, Conde de Barcelona.

—¿Por qué mientas al Conde de Barcelona?—dijo al oír esto Lizana—. Habla, villano y veamos con qué pretendes engañarnos y librarte del merecido castigo. ¿Eres de verdad, como dices, vasallo del Conde de Barcelona?

—Vasallo soy suyo—contestó el mensajero más recobrado.

—Tu nombre.

—Pedro de Fivallé.

—Tu profesión.

—Rey de armas del Conde de Barcelona.

—¿Tienes algún documento o testimonio que lo acredite?

—Sí tengo—contesto Fivallé—: bien podéis ver cómo los rubíes de este anillo trazan sobre el oro las barras de sus armas: no han llevado tal anillo y barras nunca sino sus mensajeros, según es sabido en todo el mundo.

—Cierto es—dijo Lizana—; pero trae acá el anillo, que no te las has con quien no sepa descifrar cualquier engaño.

El anillo corrió de mano en mano, y todos convinieron en que era y debía ser su dueño el Conde de Barcelona, y no otro. La sorpresa de todos fue tan grande ahora, como había sido antes la ira.

—Ahora bien, Pedro de Fivallé—dijo Lizana—bien puedes hablar cuanto te plazca; pero no más que en nombre del Conde de Barcelona.

—El Conde de Barcelona, mi señor—continuó entonces Fivallé—no tiene más que deciros, sino lo propio que de parte del Rey D. Ramiro tengo dicho, supuesto que los dichos Rey y Conde son, de hoy más, no sólo aliados, sino deudos estrechos, con los esponsales y matrimonio concertados, entre el Conde D. Berenguer, de una parte, y de otra la Infanta D.ª Petronila, hija de D. Ramiro y legítima heredera de este reino. A la cual mi señora y Reina os exijo y ordeno también, que dejéis libre en el instante.

En este punto llegó al último extremo el asombro de los concurrentes. Sólo el viejo Lizana, a gran maravilla de todos, conservó, en su apostura y acento de voz, serenidad completa. Paseó los ojos alrededor, examinando qué efecto hubiese hecho tales nuevas en sus compañeros y luego dijo:

—¿Has acabado?

—Acabado he, poderoso señor—contestó Fivallé.

—Pues ve y dile a tu amo, el Conde de Barcelona, que aceptamos el reto y desafío que nos hace, y que de hoy más Aragón le tendrá por enemigo, y nuestros guerreros buscarán a los suyos para pelear cuantas veces quiera él ponerlos en campo. ¿Oíste bien lo que dije?

—Sí oí—respondió Fivallé—; y en nombre de mi señor, el Conde, dejo aquí este guante en señal de reto y desafío—. Dijo esto quitándose uno de los de delgadas escamas de acero que llevaba.

—Tomadlo y dadle el vuestro, valeroso Roldán—repuso Lizana—. Y tú, Fivallé, sábete, que si a título del rey de armas del Conde de Barcelona te he perdonado tus insolencias, como el día de mañana te encuentre en Huesca, o nombres en su recinto al Rey don Ramiro, te he de colgar, a título de rebelde, de una almena. Vete al punto.

Fivallé no se hizo segundar la intimación, y tomando el guante de Roldán, se salió de la estancia, seguido de sus negros compañeros.

Cuando Lizana se vió a solas con los suyos, tomó la palabra, y dijo:

—Los tiempos que yo temía están aquí, Roldán amigo: no daréis ahora por sobrados mis temores. Quizás a estas horas tienen junta entre el Rey y el Conde bastante hueste para que no podamos mantener el campo; quizás osen sitiarnos dentro de estos muros, por más que, según son ellos de fuertes, sea empresa de muchos años rendirlos; quizás los salvajes montañeses acudan ya de todas las partes del reino en ayuda del Rey, con el intento de humillar nuestro justo orgullo y despoblar nuestros cotos, y hacer leña de nuestros bosques, y anidarse en nuestros castillos; quizás el hierro de los almogábares esté ya despierto: hora es de que despertemos también nosotros y nos preparemos a lidiar y vencer, a vencer o morir en esta demanda.

—Sea así—dijeron levantándose los caballeros.

***

Pocos momentos después de llegar al patio del Alcázar, se encontró Pedro de Fivallé con su buen compañero Aznar.

El rey de armas y sus dos extraños escuderos estaban rodeados de soldados con antorchas encendidas.

—¿Qué sucede?—preguntó Aznar.

—Que los ricos-hombres de Aragón, reunidos por su propia autoridad y convocatoria en este Alcázar, se niegan a reconocer por Reina a doña Petronila, y han dado a entender muy claramente que no dejarán entrar en Huesca ni al Rey de Aragón ni al Conde de Barcelona.

Salió Aznar diciendo esto, y por entre las revueltas callejuelas del contorno llegó al Coso. Se paró delante de cierta casa más destruída y de más vil aspecto que las otras, y dió diversos golpes.

Abrieron con una larga tomiza desde arriba, subió, y en una sala estrechísima y mal amueblada se encontró manos a boca con Fortuñón, aquel viejo y primer compañero suyo que conocen ya nuestros lectores.

—Fortuñón—dijo Aznar—: loado sea Dios que aquí te encuentro, y ahora feliz vejez la tuya, que así te inclina al regalo de las ciudades para que puedas continuar hasta en ellas tus esforzados hechos. Dime, Fortuñón, ¿tienes en tus venas todo el valor antiguo? ¿Amas al Rey como le amaron siempre nuestros antepasados? ¿Te fías tú de mí como te fiabas de mi padre García de Aznar?

—Sí tengo, sí amo, sí fío—respondió compendiosamente Fortuñón por la primera vez de su vida, al notar lo arrebatado de las preguntas.

—Loado sea Dios que te hallo tal como creía. ¿Y no temerás menear de nuevo las armas en servicio del rey? ¿Herirás a quien él te mande, sin preguntar su nombre? Recuerda que así obraron siempre los de nuestra raza.

—Dígote que por el Rey y por tí haré cuanto sea justo.

—¿Qué número de almogábares habrá a estas horas dentro de Huesca?

—No pasarán de cincuenta, Aznar.

—¿Qué tal gente son?

—No la hay mejor entre los almogábares.

—Basta, Fortuñón; esa gente necesito. Sólo falta que todos te reconozcan por caudillo. ¿Hay entre ellos, por ventura, alguno que sea más viejo que tú?

—¡Más viejo que yo!—contestó al punto Fortuñón, como picado de que tal osara suponer el mancebo—. Somos ya pocos los que quedamos de aquellos tiempos en que se daban batallas como la del Alcoraz y se tomaban ciudades como esta de Huesca.

—Ea, pues, Fortuñón; sirva tu larga edad y el crédito y mando que ella te asegura entre los almogábares para una grande empresa, la cual ha de ser no menos acepta a Dios que provechosa al Rey.

—Muy adelante te lleva la cólera; ¿es quizás para algo de eso para lo que requieres mi brazo?

—Precisamente para eso; para que entre tú y yo y esos almogábares, rematemos de una vez a los más soberbios de los ricos-hombres y demos entrada al Rey dentro de estos muros.

—Pues vuélvome de lo dicho, Aznar, y aconséjote que no te metas en tales honduras, que luego los grandes de la tierra entre sí se acomodan y solemos nosotros los pequeños pagarlo todo.

—¿Y así cumples la palabra que me diste de servir al Rey y de herir a quien él te mandase, sin preguntar su nombre? ¿Y así muestras el amor que dices que me tienes? ¿Y así imitas los hechos de tus mayores? Nunca mi padre García de Aznar hubiera temido, como tú temes, ni hubiera faltado, como tu faltas, a tus promesas.

—¿Mas qué te va o te viene, locuelo de Aznar, para que tanto fijes tu atención en ello?—respondió Fortuñón sin curarse del gesto indignado de su compaño—. ¿Qué tienes tú que ver con las discordias del Rey y de los richos-hombres? Dígote que al cabo el Rey perdonará a sus rebeldes cortesanos y capitanes, y que éstos no perdonarán jamás por su parte a los que en nombre del Rey los ofendan o lastimen ahora.

—Por eso mismo no trato yo sino de hacer que su perdón sea imposible; por eso mismo no trato yo sino de penarlos de suerte que más no puedan vengar ofensas ni reparar sus daños—repuso con ronca voz Aznar—. Y tú que sabes la suerte de mi hermano, ¿todavía osas preguntarme qué es lo que tengo con los ricos-hombres? ¿Sabes que he averiguado ya que fué el viejo Lizana quien entregó a sus perros de caza el cuerpo de mi Lupo; aquel pobre hermano que mi padre dejó al morir a cargo tuyo y mío?

—¡Fué Lizana!—repuso Fortuñón asombrado.

—Lizana fué... Pero no hablemos de eso, no, no. Has de saber que si quiero matarlo es porque importa al servicio del Rey, es porque con hacerlo se evitará mucha sangre y se adelantará muchos días el que reinen en Aragón y Catuluña el Príncipe D. Berenguer y la Princesa doña Petronila. Discurre ahora, Fortuñón, si te conviene ayudarme en mi empresa o dejarme solo a que perezca.

—¡No puede ser! Y Dios sabe cuánto me pesa no complacerte. Pídeme otra cosa; pero eso de ir contra los ricos-hombres como por acá dicen de «motu propio», sin mandamiento ni disposición de nadie, no esperes que lo haga jamás.

—¡Oh! Si nace tu resistencia de que a tu parecer no tenemos mandamiento ni disposición de nadie, cuenta con que estás en grande error. Orden tengo del Rey, orden terminante...

—Pues ¡acabaras!—repuso a esto Fortuñón—. ¿Por qué no mostrarme desde luego el pergamino y no hubiera disputa? Bien sabes que soy entendido en letras, porque en mi niñez, como te he contado algunas veces, me dedicaron mis padres a monaguillo en Jaca. Ea, pues, muéstrame ese pergamino, y vea yo mandado del propio Rey lo que tú me dices, y harelo, aunque me cueste la vida.

—¿Pergaminos dices?... A fe que pergaminos no faltan y...

—¿Lo traes ahí?—continuó en el interin Fortuñón—. ¡Cómo cambian los tiempos! Por cierto que en los días de tu abuelo y de tu padre, aquellos famosos guerreros de quien tanto te he hablado, nadie habría confiado tan importante mensaje a un hombre que contase diez años más que tú.

—La tendrás. Esta noche te aguardo a las doce en punto en mitad de la plaza de la *Misleida*. Ten apostados a nuestros camaradas por las cercanías de manera que no infundan recelo, ni pongan en alarma a los atalayas del muro.

—Allí estaré, y todo lo tendré dispuesto como tú quieres, que en las ocasiones es donde han de verse los que son para poco o los que tienen grande espíritu en su cuerpo.

***

Aznar subió de un salto la angosta y revuelta escalera de la casa donde estaba aposentado; sita en la calle del Salvador, como en otro lugar queda dicho.

—Pedro de Fivallé—dijo al llegar a lo alto—: ya está todo compuesto. Mañana entrarán los Príncipes en Huesca sin resistencia alguna, y haremos sonar tal campana, que solo con oirla esta vez, desfallezcan todos los rebeldes del mundo, cuanto más los del reino.

Fivallé lo miró, como asombrado, sin hablar una palabra

—Traed el pergamino—continuó Aznar—donde se trata del perdón de los ricos-hombres rebeldes.

—Aquí lo tenéis: ¿mas vos sabéis leer, Aznar?

—No entendí en mi vida de tales brujerías.

—Pues ¿para qué queréis entonces el pergamino?

—Vais a oirlo. ¿Recordáis el suceso de aquel mal caballero Castellet que nos refirió el buen conde D. Berenguer una noche en la montaña?

—Sí recuerdo

—¿Recordáis cómo dijo que aquel falsario quitó las letras que tenían unos pergaminos, y puso otras que más le convenían?

—Sí recuerdo.

—Pues he aquí la ocasión de aprovechar el cuento. Bien decía D. Berenguer, que de todo había en esto de la escritura, es decir, que unas veces servía para bien y para mal otras. Ahora le toca servir para bien, porque es fuerza que al punto quitéis lo que reza y en su lugar pongáis lo que vaya diciendo.

—No me atrevería a tanto—respondió Fivallé—. Pero aun cuando me atreviera, es el caso, que si leer sé muy razonablemente, de escribir no entiendo más que vos mismo.

—¡Diablo!—exclamó Aznar—esta sí que es gran dificultad e inesperada.

Por fin, entre la turba de escuderos y menestrales que cruzaba en bullicio la calle, vió moverse los hábitos de un monje.

—Ese monje, ese monje debe saber escribir—exclamó—. Nada me falta—; y de un salto se puso en la calle.

Aquello fué una dichosísima inspiración.

—Padre mío—le dijo sin más ni menos, y como si le hubiese conocido toda la vida—: por ventura, ¿sabéis vos escribir?

—No habéis de llamarme padre, que no soy sino lego, hermano—respondió el monje—. Mas ¿cómo si sé escribir? No hay en toda la comarca, otro convento donde tan buenas letras se hagan como en ese glorioso de Mont-Aragón.

—Pues el caso es, buen lego—dijo Aznar—, que yo necesito de vuestra habilidad maravillosa para que me escribáis un pergaminó importante.

—Eso no puedo yo ahora, que tengo que recoger limosna, hermano.

—En lo de no escribir, será fuerza que amanséis el ánimo, porque lo propio que si escribís habrá para vos buenos sueldos jaqueses de Aragón.

—Hablaras antes lo de los sueldos, y no hubiera en mí la dificultad más pequeña, que aunque es verdad lo del quehacer, no es tal que no dé algún espacio.

Entraron sin más en la casa, y cerrando cuidadosamente las puertas del aposento, recogió Aznar, de manos de Fivallé, el pergamino que contenía el perdón y lo puso en manos del buen Gaufrido, diciéndole:

—Quitad primero esas letras, menos lo que haya sobre el nombre, antoridad y sello del Rey, que por ahí debe de andar, no sé si a los principios o a los fines.

El monje recordó los sueldos ofrecidos. Y sacando del pecho una cajita con ciertos instrumentos e ingredientes, comenzó lentamente a borrar lo escrito del pergamino.

Así que hubo terminado esta tarea, dijo:

—Dictad.

—Vos, Fivallé, le dictaréis todo lo que se necesite y sea de costumbre en una sentencia de muerte contra varias personas, que yo no sé tampoco de esas cosas —dijo entonces, por su parte Aznar.

—Pero ¿estáis loco, amigo? ¿Qué pensáis hacer?—repuso Fivallé.

—Ayudadme en esto—continuó Aznar—, que para lo demás me daré yo solo trazas, y haré de modo que ambos ganemos prez en este mundo y el otro.

El rey de armas se encogió de hombros y sin atreverse ya a contrarrestar la voluntad poderosa del almogábar, comenzó a dictar la sentencia, aunque no sin dudar y balbucir y detenerse como quien obra de mala gana.

—Reparad que son nobles—dijo Aznar como a la mitad—. Tratadlos ahí según su condición merece.

Pedro de Fivallé se paró entonces, más que nunca dudoso, luego continuó dictando.

—¿Y los nombres?—preguntó embarazado, cuando hubo llegado al punto de ponerlos.

—Eso me toca a mí, que bien los sé todos—contestó Aznar—. Miguel de Azlor es uno.

El lego escribió sin decir una palabr ; no así Fivallé, que sintió estremecerse todo su cuerpo.

—Otro, Gil de Atrosillo—continuó el almogábar.

Y volvió el lego a escribir y a temblar el rey de armas.

Aznar dictaba con la indiferencia más grande. Los pliegues que había levantado en su frente la pasada incertidumbre habían desaparecido del todo, y en su fisonomía, varonilmente hermosa, más bi n se leía la satisfacción que ningún otro sentimtento.

Después de Gil de Atrosillo, dijo:

—Pedro de Vergues—, y luego:

—García de Vidaura.

Pedro de Fivallé no pudo contenerse por más tiempo y exclamó:

—Si no miente la fama, esos son de los más esforzados y famosos ricos-hombres de Aragón. ¿Pensáis de veras que se les pueda quitar la vida con esta falsa sentencia que mandáis escribir, o que género de intriga y mojiganga es ésta?

Aznar prosiguió sin contestarle.

—Férriz de Lizana.

—¿El héroe del Alcoraz?—prorrumpió Fivallé—. El nombre de ese guerrero ha llehado hasta nosotros los catalanes, todo resplandeciente de gloria: allá en Barcelona os lo hemos envidiado muchas veces.

Aznar se sonrió siniestramente. Y sin cuidarse de las palabras del atribulado rey de armas, continuó:

—Roldán.

—¿También Roldán?—exclamó estupefacto Fillavé—. ¿También Roldán? Eso es imposible, Aznar; os estáis burlando de mí y acaso de vos mismo si tal pensáis. Ni debe ser que se acabe en un día con la flor de Aragón: ni puede ser que se consiga eso. ¿Con qué medios contáis para acometer tal empresa? ¿Dónde están las gentes que han de seguiros? ¿Dónde las armas? ¿Donde los capitanes?

Aznar le miró entonces fijamente, y con entera voz le dijo:

—Buen escudero, yo defiendo a mi Rey, y sé cómo debo defenderlo

El lego leyó:

—Miguel de Azlor; Gil de Atrosillo, Pedro de Vergues, García de Vidaura Férriz de Lizana, Roldán.

—Pedro de Luesia—continuó Aznar.

—¡El Arzobispo!—exclamó ya el monje, tan indiferente hasta entonces—. ¡El Arzobispo! No, yo no escribo eso, no puedo, no quiero escribirlo.

—Proseguid, buen lego, escribiendo—le contestó Aznar—, que más cuenta os ha de traer que el resistiros.

El lego volvió a sentarse y puso temblando: «Pedro de Luesia.»

Y en seguida Aznar dictó otros y otros, hasta quince de los mejores ricos-hombres del reino, aquellos que, como sabemos, ejercían entonces el gobierno de las cosas públicas.

No bien se hubo acabado la tarea, Aznar cogió el pergamino y le dijo a Fivallé.

—Leed esto, no sea que el don leguillo nos haya engañado. Y vos, Gaufrido, venid acá; los sueldos se os darán colmados, pero no será hasta mañana. Por esta noche habéis de quedar encerrado aquí abajo, porque no conviene que hombre que sabe lo que vos, salga esta noche a la calle.

Allí, junto a la puerta de la casa, se encontró con Yussuf y Assaleh, que dormían a pierna suelta sobre el polvo de las no empedradas calles.

—Yussuf, Assaleh—díjo, acompañando con un puntapié cada una de estas exclamucíones—; seguidme.

—No le sigáis—gritó desde el balcón Fillavé.

Pero los siniestros africanos se levantaron y echaron a andar detrás del almogábar. No entendían apenas las lenguas de los cristianos y siguieron a Aznar, porque en sus gestos y movimiento del brazo le conocieron la voluntad de que se fuesen con él, que no porque de sus palabras la hubiesen deducido.

***

Aznar tomó el camino de la *Misleida* colocándose a la parte de Oriente de la plaza donde estaba situada. Los gallos de la vecindad cantaron la media noche; un instante después llegó Fortuñón con algunos almogábares y luego, unos tras otros, fueron apareciendo los demás.

—¿Fortuñón?—dijo Aznar.

—El mismo—respondió éste—. ¿Tienes el pergamino que me dijiste? Porque conmigo traigo una linterna, a cuya luz podré muy bien leerlo.

—Prevenido y receloso eres, por vida mía.

—No en balde pasan los años, y se ven reinar Reyes.

Aznar sacó de la faltriquera el pergamino que acababa de escribir Gaufrido, y lo puso en manos de Fortuñón. Este dió una vuelta a su linterna, la luz escondida hasta allí aparecio de pronto, y se puso a leer el pergamino muy lentamente sin duda, porque tardó largo rato en separar de él los ojos,

—¿Has acabado ya? ¿Estás satisfecho viejo marrullero?—dijo Aznar al cabo de un rato—. Mira que el tiempo se pasa.

—Iremos—respondió Aznar—a los alojamientos de los ricos-hombres, yo sé de algunos, tú sabrás de muchos y entre unos y otros lograremos dar con todos. No hay más que romper las puertas o asaltar las ventanas y pasar luego a hierro a cuantos hallemos.

—Cada casa de rico-hombre es un castillo—dijo Fortuñón—, en cada una de ellas hay siempre bastante número de hombres armados para acabar con nosotros. Y en cuanto a lo de romper las puertas y escalar las ventanas, ¿sabes lo que te dices, Aznar? Unas y otras están forradas de planchas de hierro y aun hay puerta defendida con su foso y puente levadizo y su torre como la de cualquier fortaleza.

—Será preciso, pues—replicó Aznar—, que quebrantemos esas planchas de hierro y ceguemos esos fosos, y acabemos con esos hombres armados aunque tan capaces sean, según dices, de acabar con nosotros.

—Aznar, Aznar—dijo—, una cosa se me ha ocurrido ya mejor que la que tú propones; para, para y la oirás.

Paró, con efecto, Aznar, y puso oido a sus palabras.

—Oye, Aznar, hijo mío—repuso Fortuñón—: mira que es buen consejo, óyelo todo y decidirás luego. Pues lo mejor será aguardar a mañana y acudir al Alcázar, ¿lo entiendes?... Al Alcázar, donde se reunen de diario los principales de los ricos-hombres del reino a disponer y concertar las cosas. No cabe duda en que se reunen, porque los han visto mis propios ojos, asi como vieron tan grandes hazañas, así como han de comer la tierra antes de mucho, según es de larga mi edad.

Aznar, sin parar mientes en lo demás de la retahila, se fijó con mucha atención en las primeras palabras; parecióle que el viejo almogábar podía tener razón y con tono más afable que de ordinario, le dijo:

—¿Conque es decir que tú te decidirías a acometer en medio del día a los ricos-hombres dentro de los salones del Alcázar, para acabar con ellos de un golpe?

—Yo... yo... sí, puesto que el Rey lo manda, según reza ese pergamino que tú fraes.

—Silencio, Fortuñón, silencio, y no hablemos más en ello; los asaltaremos en el Alcázar. Pero eso de aguardar a mañana... ¿No tendrán sospecha de estos almogábares? ¿Y no temes tú que estén mejor guardadas para nosotros las puertas del Alcázar que no las de sus propias casas.

—La dificultad está en entrar dentro del Alcázar.

—¡Ah! Pues entraremos, entraremos, Fortuñón. ¡Que no se me hubiera ocurrido antes! Sígueme y apresura el paso, que no se nos haga tarde, que ya es pasada, rato há, la media noche, según leo claramente en las estrellas. Y cierto que sería gran desdicha que hubiésemos perdido tal ocasión. ¡Oh, con tantas dificultades y entorpecimientos como me ponéis todos, tengo la cabeza perdida! Yo no me he visto en ninguna cosa tan enmarañada como esta; y Dios quiera que no me vea en otra.

Y en tanto, caminaba a largo paso, seguido de los otros almogábares: y a medida que pasaban los instantes, más apresuraron ellos el andar hasta que llegaron todos al Alcázar por la parte que mira hacia el rio, debajo del torreón ochavado.

De lo alto de éste colgaba una escala de cuerda. Aznar, al verla, lanzó una exclamación de júbilo.

—Fortuñón, triunfamos—dijo—ahora entramos en el Alcázar, y mañana la justicia del Rey se habrá cumplido.

Y diciendo esto cogió la escala y empezó a subir el primero. Iría a la mitad, cuando gritó a Fortuñón que se disponía a seguirle.

—¿Tienes reunidos a todos los compañeros?

—Sí tengo—respondió Fortuñón—; y ahora vendrán los que faltan, que quedaron un tanto a la zaga para asegurar nuestra marcha.

—¿Son cincuenta?

—Cincuenta y uno.

—Pues adelante y Dios nos ayude.

Siguió montando la escala Aznar y detrás de él subieron los dos esclavos negros. Luego, uno tras otro, se fueron encaramando todos los almogábares, silenciosos, indiferentes, sin preguntar dónde iban, ni qué iban a hacer en el Alcázar. Confiaban mucho en Fortuñón, por ser el más viejo, y bastante ya en Aznar, por ser hijo de quien era y por lo valiente que parecía de su persona. Y con que ellos les dijesen que la empresa era buena y justa no necesitaban otra cosa. Los riesgos, sabido es que nunca tal gente los midió y que no necesitaba de más cebo y aliento para menear las manos, sino saber que habían de hartarse de sangre

***

—Aznar, Aznar, ¿eres tú?—preguntó Castana desde lo alto.

—Yo soy, mi amor—le respondió éste, poniéndose de un salto en la azotea con que remataba la torre.

—Te esperaba con impaciencia. Cuánto has tardado. Pero ¡Dios mío! Qué es eso, Aznar? ¿No vienes solo?

—Escucha, Castana—dijo Aznar—. La salvación de la Reina, y la tuya, y la mía propia, dependen de tu discreción en este trance. Son amigos nuesros: no temas nada.

En esto saltó uno, y luego otro, y otro de sus compañeros dentro de la azòtea.

—¿Qué piensas hacer?—repuso Castana temblando.

—Castana, por mi amor que no temas, que todo será para bien nuestro; ¿no hay algún sitio en esta torre donde pudiéramos pasar la noche sin ser vistos?

—No lo hay Aznar.

—¿Ninguno?

—Como no sea allá abajo en el gran patio; pero es habitaciòn muy estrecha y húmeda: parece una mazmorra, y hay quien dice que de allí salen duendes y vestiglos, de puro horrenda que es.

—Cabalmente esò es lo que necesitamos, Castana: guíanos allá, y sea sin que lo sienta la tierra.

Castana cogió una pequeña lámpara que había dejado colgada en una almena, y comenzó a bajar las angostas escaleras de caracol por donde se comunicaba la torre con los pisos bajos. Al cabo de un cuarto de hora de bajar y andar se encontraron junto a una ancha puerta cubierta con planchas de hierro.

—¿Llegamos ya?—dijo Aznar.

—No por cierto—respondió Castana—: antes conviene que no hagáis ruído tú y tus compañeros, porque esta puerta da al campo, y aunque está cerrada por lo que dicen desde el tiempo de los moros, bien pudiera ser que anduviese cerca alguna ronda o atalaya

—¿Una puerta?—dijo Aznar reflexionando un momento—. Y ¿dices que da al campo, muchacha?

—Lo que oyes—respondió Castana—y el estar siempre cerrada es, según dicen, porque fué por ella por donde entraron los cristianos la vez primera; y el Rey de entonces, que se llamaba D. Sancho, D. Pedro, o no sé cómo, no quiso que usase de tal entrada quien no lo mereciese tanto como él y los suyos.

—Tanto o más han de merecer los que mañana entren por ella, Castana—respondió el almogábar—. ¡Una puerta! ¡Una puerta! Foso habrá: pero no será difícil cegarlo.

—Foso hay; pero para pasarlo hay una puente todavía entera, que sirvió también, sin duda, en el tiempo de los moros.

—¡Eso más!—dijo Aznar—. Castana, mañana se me depara un buen día: tal, que he de dejar contento y satisfecho al Rey, y al reino, y a mí propio.

En esto llegaron al aposento que antes Castana había descrito.

—Bien está, Castana. Hasta la una no avistará los muros el Rey: hay tiempo para todo. Dinos ahora antes de retirarte si está muy apartada de este lugar la sala a donde se reunen.

—No, aquí mismo—repuso Castana—. Sal por la puerta, y en lugar de tomar la escalera de la derecha que es por donde hemos bajado nosotros, toma la de la izquierda, y a los pocos escalones te hallarás en el magnífico salón donde antes resplandecían nuestros Reyes, y ahora imperan y se ostentan las personas de esos ricos-hombres que Dios maldiga.

—Así Dios me ayude, Castana—repuso interrumpiéndola el almogábar—como imaginado no tenía que para tal cosa sirviese nuestra cita.

—¡Ingrato!—exclamó Castana.

—¡Ingrato! Júrote, Castana, que en cuanto el Rey quede victorioso y se apacigüen estas turbulencias que me traen hecha áscuas la cabeza, me he de casar contigo, si es que quieres seguirme a la montaña.

***

D.ª Inés no lo notó, y lentamente comenzó a hacer su tocado, con ayuda, cua siempre, de Castana.

Tocado, no tan espléndido ya como aquel que hacían juntas la tarde que precedió al triste sarao. Mas sin embargo, o miente el cronista, o D.ª Inés tuvo más cuenta con su tocado este día que no los otros anteriores. ¿Quería intentar el último esfuerzo? ¿Conservaría en su corazón la esperanza de seducir de nuevo el alma de su esposo?

El respeto religioso que le había iespirado la resolución de éste, parece desmentirlo de todo punto; ¿pero quién sabe? Ello es que D.ª Inés se esmeró, y que halló medio de parecer bella todavía: bella, cuando su tez estaba marchita, decaído su color, apagados sus ojos; cuando el llanto continuo y la continua pena se habían empleado por más de dos años en destruir sus encantos.

¡Oh, la decadencia de las mujeres bellas tiene un mérito singular para las almas sensibles! Es el hechizo del otoño con sus celajes rojizos y sus hojas secas que el viento va dejando caer una por una. Nunca es acaso la mujer tan bella, como cuando está ya a punto de no serlo.

Llegó el sol al mediodía en los relojes pintados en las torres del Alcázar, y D.ª Inés sintió latir su corazón fuertemente; faltaba poco, según Aznar la había dicho, para que estuviese en Huesca su esposo. Verdad es que temía aún que los ricos-hombres le cerrasen las puertas; que tuviese que combatir para abrirlas. Ni siquiera se acordaba en aquel punto de Castana, y preocupada y sola fué a colocarse en una ventana de la torre, que daba frente a la puerta principal del Alcázar.

A poco de estar allí asomada, vió llegar a Gil de Atrosillo y a Lizana, muy presurosos, entretenidos en ardiente conversación, de tal suerte, que no pusieron los ojos siquiera en los almogábares.

Llegaron en esto al pie de la escalera principal, desde donde se descubrían muy bien la puerta y los almogábares, y Gil de Atrosillo dijo a Lizana:

—¡Qué veo! Por las barbas de mi abuelo, Lizana, que aquellos que allí están son almogábares, y no lo había reparado hasta ahora. ¿Quién ha encomendado esos miserables la guarda del Alcázar?

—Peor sería—dijo Lizana—que estuvieran en las torres o en las puertas de la ciudad. En punto están donde no pueden hacer mal alguno, ni abrir un rastrillo, ni echar una escala; y con que los muros exteriores del Alcázar estén llenos de gente nuestra, basta para el seguro que necesitamos.

Tras de aquella conversación breve, Lizana con sereno semblante, Atrosillo con aire de no ir satisfecho todavía, desaparecieron en las revueltas de la escalera que caía debajo del aposento en donde estaba la Reina; y un instante después, se sintió un espantoso ruido.

—¡A mí, villanos! ¿No me conocéis?—exclamaba uno. Y era sin duda voz de Férriz de Lizana.

Sintióse también otra voz que parecía de Gil de Atrosillo, la cual gritaba y hablabla muy alto; pero no pudo entenderse lo que decía. Hubo fragor de armas y voces sordas, y luego no se oyó más rumor alguno.

La Reina, que no podía dudar de quién eran las voces, quedó aterrada, inmóvil, sin osar apartarse del alfeizar de la ventana.

Pasados algunos momentos entró Roldán.

—¿Qué hacéis aquí, almogábares?—preguntó más con desprecio que cólera a los que guardaban la puerta.

Pero cuatro de los almogábares saltaron instantáneamente sobre el caballero: el uno le puso la mano en la espada, el otro le tapó la boca con un pedazo de malla, y alzándole a un tiempo en alto comenzaron a subir con él las escaleras.

Y en seguida vió llegar unos tras otros a los principales señores de la corte: muchos no repararon en los almogábares: otros los miraron con extrañeza; pero no dijeron palabra. Y cada vez que subía alguno, se oía el mismo estruendo que la vez primera.

—¡Traidores!—decía este.

—¡Villanos!—clamaba otro.

Y luego se sentían sordas voces y algunos gemidos; y poco después, nada, nada absolutamente.

—¡Castana! ¡Castana!—gritó D.ª Inés quitándose de la ventana y al cabo de un rato que vió que más no subían, ni se sentía rumor ninguno.

Castana acudió al punto alegre, lozana, más linda y más graciosa que nunca. Pero al ver a D.ª Inés desencajada y llena de espanto, desapareció de su rostro toda muestra de alegría, y exclamó:

—Qué tenéis, señora mía? ¿Qué sucede?

—Castana—dijo la reina—; aquí debajo de nosotros están pasando horribles escenas: he sentido el son del hierro contra el hierro, y he oído muchos ayes de moribundos.

—¡Ay!—prorrumpió Castana, recordando que abajo estaban con Aznar otros muchos almogábares, y les palabras vagas, siniestras de la noche anterior—¿Conque ha habido lid? ¿Conque ha habido moribundos o muertos? Dios tenga piedad de Aznar, señora.

—¡De Aznar! ¿Qué dices, Castana?

Y la pobre doncella, bañada en llanto, contó a su señora cuanto había hecho, y visto y oído.

—¡Han asesinado, pues, a los ricos-hombres!—exclamó la Reina, con tanto norror como asombro.

—¿Creéis que habrán sido ellos los muertos? ¿Estáis segura de que no habrá perecido Aznar?—dijo sencillamente Castana.

—Bien decía yo—continuó la Reina sin prestarla atención, y sin pensar ya en sus propios agravios—que esos almogábares son de raza de lobos: ¡han asesinado, Dios se los perdone, soberbios y todo, a los mejores varones de Aragón!

Pero al propio tiempo se oyó ya lejano ruido de trompetas y clarines, y confuso estruendo y vocería. Por la puerta misma del Alcázar entró un soldado de las mesnadas corriendo a más correr, y gritando:

—Alarma, alarma, estamos perdidos; ¿no hay quién defienda la puerta cerrada del Alcázar que da al campo? Por allí están entrando los almogábares en la ciudad. Bien podéis verlo desde el muro.

El estruendo y las voces en el ínterin se fueron poco a poco acercando; y luego el concertado son de muchos instrumentos militares, y el pisar de muchos caballos, llegó ya a los oídos de D.ª Inés y de Castana.

—¡Viva el Rey D. Ramiro!—clamaba la muchedumbre.

D.ª Inés cayó desfallecida, sin poder más sufrir en su corazón tan contrarios afectos. Castana, sentada a su lado, lloraba amargamente: ni una ni otra hablaron palabra por muy largo rato.

Y en esto la vocería fué amentándose, hasta inundar con su eco inmenso el Alcázar; sonaron dentro del mismo patio los clarines y músicas militares, y el ruído de los caballos que allí paraban. No era posible dudar más; oíase la voz misma del Rey, que venia entonando el *Te-Deum* muy devotamente.

D.ª Inés no pudo contenerse más entonces, y se asomó de nuevo a la ventana. El Rey D. Ramiro y el Conde de Barcelona, ricamente armados ambos, acababan con efecto ya de apearse, y comenzaban a subir las escaleras: el patio del Alcázar era un mar de puntas de lanzas y de cascos y plumeros, y por entre los caballeros y caballos vagaban, rotos y espantosos, multitud de almogábares.

—¡Qué airoso está!—exclamó, olvidada ya, al parecer, de los difuntos ricos-hombres D.ª Inés—. ¡Qué bien le caen ya las armas!

Y después de dudar un momento sobre si debiera o no bajar al patio mismo a recibir al Rey, se encaminó a esperar a sus aposentos, precipitadamente, y, como siempre, seguida de la fiel Castana.

***

Poco después el Rey D. Ramiro y el Conde D. Berenguer, acompañados de muchos caballeros catalanes y aun algunos aragoneses, que habían estado esperando a juntarse con el más poderoso, llegaron al gran salón donde solían darse las regias audiencias. Grande fué el asombro de todos cuando le hallaron solo.

—Pensé—dijo el Rey—hallarle ocupado por los ricos-hombres y que me disputasen desde aquí todavía el poder que heredé de mis abuelos, ya que no osaron disputarme las puertas.

—No me coge de sorpresa—dijo Berenguer—. Harto os dije antes de avistar estas torres de Huesca lo que luego punto por punto ha acontecido. Ya os anuncié yo que los ricos-hombres, al vernos en armas, no osarían aguardar un momento, y la plebe y gente menuda, entregada a sí misma, abriría, como sin duda ha abierto, las puertas y os aplaudiría con entusiasmo.

—Tales lecciones—respondió D. Ramiro—podéis vos aprovecharlas que habéis de ser Rey de Aragón en adelante, porque lo que es a mí, buen Conde, pocos días me restan, por divina merced, de serlo.

El Conde hizo una afectuosa reverencia al Rey; y en aquel momento mismo abrióse cierta portezuela que había en el fondo del salón y apareció Aznar seguido de Fortuñóu y de otros almogábares

—¡Aznar!—gritó al momento el Rey—. ¿Qué fué de los ricos-hombres? ¿Se han salido de Huesca? ¿Piensan hacer resistencia en sus castillos? ¿Huyeron cobardemente? ¿Y la Reina? ¿Y mi hija?

—Los ricos-hombres, señor—respondió Aznar gravemente—, no os molestarán más en esta vida, ni más levantarán contra vos las cabezas.

—¿Se han allanado, Aznar?—repuso el Rey—. ¿Pues cómo no me avisaste de ello, según lo convenido? Corred al punto y disponed que nadie sea osado de tocar a uno sólo de los ricos-hombres donde quiera que se hallen—dijo volviéndose a los de su comitiva. Luego añadió:

—Y ¿cómo no cumplistes mi encargo, Aznar? Creí que, allanados los ricos-hombres, lo primero que oiría en Huesca sería el son de esa campana de San Pedro, que con su sonido me llamase a mí al monasterio, ya que a ellos los había llamado a la sumisión y lealtad que me deben. Y aun ha estado en poco que no entrase a hierro y saco en esta ciudad fidelísima, que, lejos de ofrecerme resistencia, me ha abierto esa puerta del Alcázar y me está colmando de bendiciones. Sobre todo a tus hermanos los almogábares, que conmigo vienen, Aznar, no sé cómo he podido contenerlos. Todavía me temo que hagan algún agravio; y cierto que sería para mí nueva desdicha—añadió suspirando.

—En cuanto a lo de la campana—respondió Aznar sin levantar los ojos del suelo, pero con grande aplomo—, no habéis de echarla de menos; porque si vos no la habéis sentido, sentida será en todo Aragón, y aun en todo el mundo. Venid, señor, y veréis qué tal campana he dispuesto.

Y echó a andar hacia la portezuela que había quedado abierta. El Rey y el Conde le siguieron sin darse cuenta de aquellas extrañas palabras: bajaron algunos escalones y se encontaaron en el aposento que ya conocen nuestros lectores, allí donde la noche anrerior dejó Castana a los almogábares.

La escasa luz de medio día que alumbraba aquella lóbrega habitación puso delante de los ojos del Rey y del Conde un inesperado y horrorosísimo espectáculo. Ambos, Rey y Conde, prorrumpieron en una exclamación terrible no bien le alcanzaron sus ojos. En derredor del garfio que colgaba del punto céntrico de la bóveda, mirábanse catorce cabezas recién cortadas imitando en su colocación la figura de una campana: en lo interior de aquella extraña campana colgaba otra cabeza qué hacía como de badajo, la cual reconocieron los presentes por del Arzobispo Pedro de Luesia; las demás eran de Lizana, de Roldán, de Vidaura, de Gil de Atrosillo y del resto de los ricos-hombres rebeldes.

Debajo había una enorme piedra que debía servir de tajo para partir las gargantas; y de pie, junto a ella, se miraban dos negros de infernal catadura, con los alfanjes desnudos y goteando sangre: eran Yussuf y Assaleh, los esclavos delConde de Barcelona.

Más lejos estaban los troncos descabezados y llenos de heridas algunos, entre los cuales se veían los cadáveres de no pocos almogábares que debieron sucumbir en lid, porque estaban también acribillados de heridas.

Don Ramiro y D. Berenguer retrocedieron, desde luego involuntariamente; y no pudiendo sufrir por mucho tiempo la vista de aquel espectáculo, lleno el primero de horror y de miedo, con repugnante gesto el segundo, salieron de allí al punto volviéndose al salón donde antes estaban.

—¿Quién ha ejecutado estas muertes? ¿Por crden de quién se han ejecutado? —preguntó en tanto, por tres o cuatro veces, D. Ramiro, con acento que señalaba al mismo tiempo horror y cólera.

Fortuñón, comprendiendo el engaño, Aznar se dejó caer al fin a los pies de su Rey, y le puso en las manos el pergamino, diciendo con voz casi desfallecida:

—Aquí está esto, señor, firmado al parecer de vuestra propia mano: yo forjé falsamente tal escrito y engañé con él a estos leales servidores vuestros: yo soy, pues, el único autor de la justicia que acabáis de ver. Mi corazón me dice que he hecho bien; que eso y no otra cosa merecían los traidores; que de ese modo y no de otro podía serviros. Mas si me equivoqué, castigadme; que con haber qui-

tado tantas cabezas rebeldes y haber librado de ellas al reino, moriré yo por mi parte contento.

—Levántate, Aznar—le contestó sollozando el Rey—; levántate, y Dios te perdone como yo los nuevos remordimientos que tu mal hecho va a causarme y el triste nombre con que he de pasar a la posteridad por tu culpa.

En aquel momento apareció a la puerta Castana.

—¡Oh, Castana, Castana!—continuó sin dejar de gemir el Rey—. ¿Dónde está la Reina, tu señora? ¿Dónde la Princesa, mi hija?—Y añadió acertando apenas a hablar: —Soy más infeliz cada día, cada momento que pasa... La corona esta maldita en mí... ¿Dónde, dónde se halla la Princesa?

—La Princesa está depositada en casa de Azlor—respondieron a un tiempo varias voces, sin dar tiempo a que hablase Castana.

—La Reina—dijo por su lado ésta—me envía a deciros que os aguarda en sus aposentos.

—Ea, pues—repuso sin atender ya a Castana D. Ramiro—, Aznar y todos vosotros, vos Alqueizar, y vos, y vos—y al propio tiemqo señalaba a los caballeros de su comitiva—id a la casa de Azlor y traed acá a la Princesa, a fin de que la vea y reconozca su tutor y futuro esposo el Conde de Barcelona. Saludad desde ahora, aragoneses, a vuestro nuevo Rey el buen D. Berenguer y a vuestra nueva Reina doña Petronila.

Siguióse a estas palabras una aclamación inmensa.

El continente del Conde, marcial y generoso, prevenía en su favor de una parte, y de otra el deseo de agradar en aquellos momentos al Rey, ponía más aliento en todos los labios.

***

Al despuntar el día que siguió al de las justas salieron de Huesca tres hombres; montado uno de ellos, que llevaba la delantera, en una mula, y los otros en buenos caballos.

El aparato no era guerrero; pero con todo, bien podía distinguirse desde lejos el relumbrar de las espadas que los dos que montaban caballos llevaban pendientes del cinto.

Cualquiera habría dicho que estos eran escuderos de algún abad que caminaba a su iglesia, dado que por aquel tiempo no era prudente viajar sin tan razonable compañía, aun llevando tonsura y hábitos sagrados.

Pues es el caso que los tres jinetes se encaminaron al cercano lugar de Quicena, y atravesando sus polvorosas y desiguales calles, se encaminaron silenciosamente por la frondosa orilla de Flumen a Mont-Aragón.

La campana de la iglesia tocaba a misa a la sazón, y sus acentos, despedidos de la alta torre del centro, donde estaba situada, llenaban el aire, produciendo un indefinible sentimiento de melancolía y devoción.

Los tres desconocidos jinetes echaron pie a tierra antes de llegar al foso y se dirigieron al puente levadizo, que entonces estaba echado. La hora y la ocasión los eximieron de toda formalidad, y así nuestros tres caminantes, cruzando un claustro cuadrado, que encerraba en sí un patio pequeño con arrietes de flores, entraron en la única y estrecha nave de la iglesia, donde ya había bastante gente esperando la misa.

El que había traído la mula se desembozó al entrar y se mostró vestido de monje benito: sus dos escuderos (conozcámosles por este nombre) se arrodillaron a la puerta, y él fué a colocarse de rodillas delante del altar mayor.

Oyó misa sin levantarse un solo momento; y terminada estuvo aún por largo rato orando. Después se encaminó a la sacristía y preguntó por el venerable abad de la casa. Uno de los acólitos le mostró un confesonario, en donde a la sazón se hallaba practicando santamente su ministerio, rodeado de gran muchedumbre de fieles, que enardecidos en cristiano celo, se disputaban el puesto con acres palabras y descompuestas acciones, no de todo punto conformes con la ocasión y el lugar, mas no por eso menos piadosas.

El monje fué allá, y lejos de precipitarse como los otros, aguardó pacientemente a que todos hubiesen acabado. Luego, acercándose al confesonario:

—Padre—dijo—, concededme la gracia divina.

—Hermano—respondió el abad—, gran favor me hariais con aguardar a mañana, porque en verdad os digo que me faltan ya las fuerzas. Hace tres horas que estoy aquí sentado, y tengo más de sesenta años conmigo: conque perdonadme, digo, y volved mañana, que ya oiré largamente vuestras culpas.

—No puedo aguardar más, padre. Hace tres años que aguardo la absolución, y cada día necesito más de ella. Ha muchas noches que no he dormido: voy a volverme loco.

—¡Tres años!—exclamó el abad sorprendido.

—Tres años, sí—continuó el penitente—. Yo soy un mal monje que se casó contra sus votos, y contra sus votos tuvo y gozó algunos bienes: yo soy aquel a quien mandasteis que dejara mujer y bienes para poder lograr y merecer la absolución de tantas culpas: yo soy el mal abad, que a todos los de su orden, por ser en ella el primero, debió de dar ejemplo, y al contrario, por su causa...

—Vos... ¿sois vos?...—dijo el abad, y se levantó asombrado.

—Sentaos, padre mío, sentaos, y oidme por la misericordia de Dios. Soy sólo un gran pecador que viene a pedir absolución de sus culpas. Así me otorguen su intercesión también los santos monjes benitos San Agapito y San Félix de Córdoba; y el insigne mártir San Zoil, en cuyo honrado monasterio de Santa María de Carrión tantos consuelos tengo recibidos de Dios, cuando no había podido excusarme de la vecina prelacía de Sahagún todavía.

—Decís bien, hijo, que no hermano—respondió el abad, sentándose al poco tiempo—. Quien quiera que seais, poco importa ante el tribunal de Dios. Acercaos, acercaos más, para que nadie nos oiga.

Y el abad y el penitente hablaron bajo por largo espacio de tiempo. Gemía el segundo de cuando en cuando; sonaba grave, lenta y alterada la voz de aquél; pero nada más se percibía.

Muy grande debió ser uno de los pecados, no obstante, porque el abad, alzando la voz de suerte que casi pudo ya oirse en toda la iglesia, dijo:

—Y qué, hijo mío, ¿eso imaginásteis? ¿Tanto os seduce contra vuestros votos la belleza de aquella mujer? ¿Y aún osais decir que la amais?

—Padre mío, sí, la amo todavía, y con toda mi alma: es un ángel. ¡Ah! es imposible verla y hablarla sin sentir por ella el amor que yo siento.

—¡Pecador!—replicó interrumpiéndole el abad—. Mirad que estáis ante el tribunal de Dios. Mirad que es gran pecado el pensar siquiera en lo que habláis.

—¡Oh, perdón, perdón!—repuso el monje sollozando—. Me ha hecho compañía muchas noches en mis desvelos y vigilias agitadas y medrosas; me ha asistido enfermo; me ha preguntado siempre los afanes que dejaban traslucir mis suspiros; me ha enjugado con su cendal no pocas lágrimas. Ha sido al fin por mucho tiempo la compañera de mis desdichas, y es madre de mi hija. ¡Me he separado ya de ella para siempre! ¡No he de volver a verla jamás!

—No basta—continuó el abad—. Procurad también apartarla de vuestra mente y no acordaros más de ella si queréis ser agradable a Dios.

—¡Temo, padre; que me sea imposible olvidarla! ¿No os he ya dicho también que es la madre de mi hija?

—Bastará que sinceramente lo deseeis para que Dios os perdone y preste su poderosa protección. No os acordéis de su belleza: no os acordéis siquiera de su virtud: el enemigo es sutil y se introduce por donde menos se piensa en los pensamientos del hombre. Olvidadla, olvidadla: no hay otro remedio, ya que tuvisteis la desgracia de haberla conocido.

—En cuanto a desearlo, padre, deseándolo estoy con toda mi alma: no hay cosa que más desee en este bajo mundo, aunque no lo haya logrado todavía.

—Bien, bien dicho, pecador. ¿Según eso estáis verdaderamente arrepentido de vuestras culpas?

—Sí lo estoy, padre mío. Diera mil vidas si las tuviera por no haber cometido la menor de ellas.

—Pues entonces—dijo el abad—bien podréis entrar en la gracia de Dios mediante mi absolución espiritual.

Confesor y penitente hablaron por algún rato todavía, y al cabo, levantándose aquél, pronunció con voz solemne la absolución; tanto, que llamó la atención de los circunstantes.

Un momento después el monje benito salió de la iglesia y del monasterio y se encaminó de nuevo a Huesca.

En una de las primeras calles dejó a los escuderos que le acompañaban y se entró solo en la iglesia antigua de San Pedro el Viejo, aquella que tal se llamaba ya en tiempo de la conquista por los años 1094 de Cristo.

Los dos al parecer escuderos se encaminaron en seguida al Alcázar, entrando en él como en casa propia; y las gentes que los miraban pasar se iban diciendo al oído:

—Ese es el Conde de Barcelona con su favorito Moncada.

***

Hasta aquí escribió el viejo muzárabe.

Trabajo nos ha costado también, y mucho, el trashojar, el compulsar y revolver libros por acá y por allá, y el recoger detalles y pormenores sobre el fin de algunos de los personajes que hemos conocido en esta crónica.

La Princesa doña Petronila, que, como sabemos, contaba sólo dos años de edad, quedó bajo la tutela del Conde D. Berenguer de Barcelona, después de unirse con él en esponsales de futuro y de concertarse que se llevaría a término y consumaría el matrimonio en tiempo oportuno.

Y en efecto, este matrimonio se verificó y los años adelante fueron famosos por España y por todo el mundo el Rey D. Berenguer y la Reina doña Petronila, hombre aquél de gran valor y cordura, modelo ésta de esposas honradas y de buenas Reinas.

Y de Aragón y Cataluña se hizo entonces aquel poderoso Estado que dió al mundo tanta envidia con sus leyes y tanto pavor con sus armas y conquistas.

No quedó tan glorioso el nombre de D. Ramiro, bien que viviese en San Pedro el Viejo con muy santa vida el resto de sus años. Cuéntase que no podía oir el sonido de la campana del monasterio, aquella campana de perdón tan siniestramente sustituída por Aznar, sin que las lágrimas viniesen a sus ojos y salieran de sus labios algunas oraciones.

Murió al fin, a solas con las piedras de San Pedro el Viejo, sin que nadie pueda ya decir cuáles fueron sus postreras palabras ni sus esperanzas postreras, ni a quién iba encaminado el último de los pensamientos humanos que ocuparon su mente, o el último de los suspiros que por humano sentimiento salió de sus labios. Sus hermanos recogieron su cadáver envuelto en bayetas, y con el cilicio puesto todavía, y vaciando el sepulcro de un romano hallado entre los restos de la grande Osca de Sertorio, dentro de él lo depositaron.

De su esposa doña Inés se sabe que vivió también muy santamente lo que le quedó de vida, sin olvidar un momento a su esposo, mas sin quejarse por eso del abandono en que se hallaba.

Aznar se casó con Castana, según consta de unas viejas escrituras, heredándolos los Reyes muy razonablemente, según la promesa de doña Inés. Y cuéntase que Aznar fué famoso siempre entre los almogábares por su valor y crueldad, y que dejó hijos que no desmintieron del padre, los cuales engendraron a otros que fueron de los más nombrados en las campañas de Italia y en la expedición a Oriente de la «Gran Compañía». Mas pienso que no haya de desagradar a las lectoras el saber que Aznar, a pesar de su crueldad, trató amorosísimamente a Castana, y que ésta fué tan feliz con él como merecía serlo.

FIN DE LA OBRA

¡EUREKA!!

CALZADO WALK-OVER
Nicolás M.ª Rivero, 11, Madrid

Importante: La calvicie es una enfermedad del cabello que se evita usando el agua **La Flor de Oro**, por sus propiedades tónicas. Con su uso desaparece la caspa y se estimula poderosamente el crecimiento del cabello, con su primitivo color.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

MUEBLES
de lujo y económicos.
Sección de alquilar en los pisos entresuelo y principal.
CASA SOTOCA
Echegaray, 8. Toda la casa, próximo a Carrera de San Jerónimo, (antes Hortaleza, 39)
Hay guardamuebles.

Suaviza el cutis.
ALCOHOLATO
Lo mejor para fricción.
ALCOHOLERA
Carmen, 10

Fotografía BIEDMA
CALLE DE ALCALA, 23
Teléf. M -730.-Hay ascensor.

PARA JOYAS **Domingo Díaz Losada** S. Francisco 25 Teléfono 653
Joyero de la Real Casa **Santander.**

LOS ANIMALES

El jueves próximo aparecerá,

LA HORMIGA

Precio del cuaderno: 20 céntimos

ES CÓMODO

para el comprador saber el precio de lo que desea comprar, y no tener que preguntar a los dependientes, que muchas veces juzgan al cliente según va vestido; por esto el **Palacio u Hotel de Ventas, Atocha, 34,** pone los precios en cada artículo, y el que quiere comprar, y el que no lo hace un día vuelve otro, en la seguridad de que es la Casa que más barato vende.

LA NOVELA TEATRAL

publicará mañana domingo

El crimen de la calle de Leganitos

Comedia en dos actos

Mariano Pina Domínguez y Emilio Mario (hijo)

20 cts.

LOS ANIMALES

Esta interesantísima e instructiva colección infantil que con tan creciente éxito venimos publicando, y en la que se describen de una manera detallada y amena, las costumbres de las fieras y los animales salvajes, se divide en

32 CUADERNOS

primorosamente editados, con bellas portadas en tricolor, consagrando cada uno de ellos a un animal diferente, a saber:

León.	*Lobo.*	*Rata.*
Mono.	*Serpiente.*	*Rana.*
Elefante.	*Gato montés.*	*Pingüino.*
Tigre.	*Bisonte.*	*Lagarto.*
Aguila.	*Foca.*	*Murciélago.*
Cocodrilo.	*Caballo.*	*Hormiga.*
Dromedario.	*Perro.*	*Leopardo.*
Avestruz.	*Hipopótamo.*	*Hiena.*
Oso.	*Jirafa.*	*Abeja.*
Ciervo.	*Rinoceronte.*	*Ballena.*
Canguro.	*Tortuga.*	

Precio del cuaderno: 20 centimos
NO SE ACEPTA EL PAGO EN SELLOS

PÍDANSE A CORRESPONSALES Y A ESTA ADMINISTRACIÓN, CALVO ASENSIO, 3. - MADRID

Oficinas y Talleres de PRENSA POPULAR propietaria de **La Novela Corta, La Novela Teatral y Friné.**—Antonio Palomino, 1, y Calvo Asensio, 3. Madrid